

Los Trabajos de Persiles y Sigismunda (Sinopsis y análisis)

por

Eduardo Ricardo Pérez Calvo.*

Novela póstuma de Miguel de Cervantes Saavedra fue dedicada a don Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos, de Andrade, de Villalva, Marqués de Barría, Gentilhombre de la Cámara de su Majestad, Presidente del Consejo Supremo de Italia, comendador de la encomienda de la Zarza, de la Orden de Alcántara, con una pesimista evocación de viejas coplas: produjo:

*«Puesto ya pie en el estribo
Con las ansias de la muerte
Gran señor esta te escribo.*

Está fechada el 16 de septiembre de 1616, se proclama su criado y la firma. Tres días después fallecía.

Pertenece al subgénero conocido como bizantino o helenista de la novela inspirada en Heliodoro. Poeta nacido en Esmena, Siria durante el siglo III de nuestra era, neo-aristotélico, reivindicado por el Renacimiento como modelo de relato pleno de peripecias, inspirado en la en la vieja cultura greco-latina.

En ese aspecto no le faltó razón a Cervantes al considerarle el más alto producto de su intelecto :: fue su obra a más esmerada.

Tampoco a sus lectores que estiman la superioridad del Quijote como arparadigma de la hispanidad y del idealismo llevado al extremo por en un singular maníaco de la caballería.

La novela que evoco está dividida en cuatro libros. El primero comprende veintidós capítulos. El segundo otros tantos; el tercero veintiuno y el cuarto solamente catorce. Son 97 densas páginas que

* Eduardo Ricardo Pérez Calvo es actualmente Secretario del Consejo Académico de la Academia Argentina de Asuntos Internacionales, miembro del Instituto de Historia del Derecho y ex profesor de la UBA.

se extienden desde la 489 a la 586 del tomo I de la Biblioteca de Autores Españoles que contiene las Obras Completas de Cervantes

PRECEDENCIAS

Se oculta al lector, como veremos enseguida, hasta avanzada la relación, casi en su desenlace de donde provenían Periandro y Auristela, porque inopinadamente se inicia el relato con Periandro náufrago en medio del mar abandonado a su suerte, y así transcurre el cuento de sus peripecias, infortunios, desventuras, personajes inusitados, historias extravagantes y asombrosas entrelazadas con la peregrinación sin concierto: enigmas, ficciones, e incógnitas, que sólo se develarán casi al concluir la narración.

CONCEPTOS.

Doy razón a Cervantes de que se trata de su historia más elaborada, magnífica y seria. Pero sin la fluida naturalidad del ingenioso hidalgo don Quijote, parodia genial y burlesca destinada a convertirse en paradigma por del idealismo y arrogancia de los españoles. De ahí su inmensa y rápida popularidad.

La novela bizantina que nos ocupa no estaba en condiciones de competir en ese ámbito maravilloso y quimérico del portento literario, pero resulta inmerecida su oscura fortuna: el menosprecio del olvido.

Como tierna, en muchos aspectos ingenua, pero harto imaginativa narración tal desafiante recordatorio he deseado traerla a consideración de mis contemporáneos.

LIBRO PRIMERO.

Capítulo I. Sacan a Periandro de prisión, échanle al mar en una balsa, corre tormenta y es socorrido por un navío allí le quitaron las ataduras.

Tenía las manos atadas a la espalda – y le socorrieron: traen conservas y odoríferos vinos- que le devolvieron el sentido casi de la muerte a la vida, porque hacía tres días que no comía.

Repuesto dijo al capitán: piadosos cielos te paguen piadoso señor, por el bien que me has hecho, porque no te puedo hacer ninguna recompensa ni beneficio sino es el agradecimiento y al levantarse para ir a besarle los pies, por tres veces su flacura no se lo permitió y volvió a dar con su cuerpo en el suelo; viendo lo cual el capitán mandó que lo llevaran debajo de cubierta y le echasen en dos trasportines y que quitándoles los vestidos mojados le vistiesen con otros enjutos y limpios y le hiciesen descansar y dormir. Se hizo lo que el capitán mandó; obedeció callando el mozo y en el capitán creció la admiración viéndole en pie con la gallada disposición que tenía y le fatigó el deseo de saber de él, lo más presto que pudiese, ¿quien era? ¿Cómo se llamaba? Y ¿de que causa había nacido el efecto que en tanta estrechez le había puesto?; pero cediendo su cortesía a su deseo quiso que primero se acudiese a su debilidad, antes que cumplir su voluntad.

Ha aparecido inopinadamente Periandro en la narración, sin que se explique de dónde proviene, ¿quién es en realidad? ¿Donde va? Incógnitas que sólo se develarán en el capítulo XII del cuarto libro. De tal forma hasta entonces deambularemos sin rumbo fijo y manera incierta, al azar según la voluntad del narrador, que nada explica y menos se compadece de sus personajes sometidos a persistentes infortunios, peligros y enemigos inesperados e historias contradictorias de pasajeros de la vida venidos desde los más remotos lugares de la tierra que inesperadamente se esfuman cuando alcanzan sus a menudo disparatados objetivos. Habrá, sin embargo, un hilo conductor perceptible al término de la obra, que reivindica a Dios creador como amo de la historia humana en un final feliz y convencional.

Capítulo II. Dase cuenta de quien es el capitán del navío. Cuenta Taurina a Periandro el robo de Auristela; ofrécese él, para buscarla, a ser vendido a los bárbaros.

Dejaron al mancebo reposando con los suministros de la nave pero como éste acuciado por tristes pensamientos no pudo conciliar el sueño sobre todo cuando oyó unos congojosos suspiros y tristes lamentos que se puso a escuchar y una voz de mujer le relató que estaba a pique de ser vendida como esclava. El capitán y señor de esta nave se llama Arnaldo, es hijo y heredero del ey de Dinamarca a cuyo poder vino una principal doncella a quien yo tuve por señora cuyo nombre es Auristela: sus padres de linaje de reyes que se vio vendida y comprada por Arnaldo y con tanto ahínco la amó que mil veces a su esclava quiso hacer señora admitiéndola por esposa y esto con consentimiento del padre de Arnaldo pero ella se defendía diciendo que no ser posible romper un voto que tenía de guardar virginidad toda su vida y que no pensaba quebrarle de ninguna manera pero ocurrió que fue secuestrada cuando se hallaba a la orilla del mar por unos corsarios y la llevaron no se sabe donde y y Arnaldo para rescatarla va venderla como esclava. Calló esta y al mancebo le atravesó un nudo en la garganta, pegó la boca en las tablas que humedeció con copiosas lágrimas, le preguntó si por ventura tenía algunos barruntos de que Arnaldo hubiera gozado de Auristela, ya de que Auristela por estar en otra arte prendada, desdeñase a Arnaldo y no admitiese tan gran dádiva como la de un reino: porque a él le parecía, que tal vez en las leyes del gusto humano tienen más fuerza que las de la religión. Respondiole que aunque ella imaginaba que el tiempo había podido dar a Auristela ocasión de quererle bien al tal Periandro, que la había sacado de su patria, caballero generoso, dotado de todas las partes que podían hacer amable de todos aquellos que lo conociesen, nunca le había oído nombrar en las continuas quejas que de sus desgracias daba al cielo, ni de otro modo alguno. Preguntóle si conocía ella a aquel Periandro que decía: díjole que no, que por relación sabía ser el que llevó a la señora, a cuyo servicio ella había venido después que Periandro por un extraño acontecimiento la había dejado. En esto estaba cuando desde arriba llamaron a Taurina – que este era el nombre de la que sus desgracias había contado – la la cual oyéndose llamar dijo: sin duda alguna el mar está manso, la borrasca quieta, pues me llaman para hacer de mí la desdichada

entrega: adios te queda, quien quiera que seas, y los cielos te libren de ser entregado para que los polvos de tu abrasado corazón rectifiquen esta vanidad e impertinente profecía, que también estos insolentes moradores de esta ínsula buscan corazones que abrasar como doncellas para guardar para lo que procuran.

Capítulo III. Vende Arnaldo a Periandro en una isla bárbara vestido de mujer.

Capítulo IV. Traen a Auristela de la prisión en traje de varón para sacrificarla: muévase guerra entre los bárbaros y pónese fuego a la isla. Lleva un bárbaro español a su casa a Periandro, Auristela, Igenia y la intérprete.

Entre los que vinieron a concertar la compra de la doncella vino con el capitán un bárbaro llamado Bradamiro, de los más valientes y principales de la isla, menospreciador de toda ley y arrogante sobre la misma arrogancia y atrevido tanto como él mismo, que no se halla con quien compararlo. Pues desde el punto que vio a Periandro creyendo ser mujer, como todos creyeron, hizo designio en su pensamiento de escogerla para sí, sin esperar a que las leyes del vaticinio se probasen o cumpliesen.

Así como puso lo pies en la ínsula Periandro, muchos bárbaros a porfía le tomaron en hombros, y con muestras de infinita alegría le llevaron a un gran tienda que entre otras muchas más pequeñas en un apacible y deleitoso prado esaban puestas, cubiertas de pieles de animales, cuales domésticos, cuales selváticos. La bárbara que había servido de intérprete de la compra y venta no se le quitaba del lado, y con palabras y en el lenguaje que él no entendía le consolaba: ordenó luego el gobernador que pasasen a la ínsula de la prisión y trajesen de ella algún varón, si le hubiese, para hacer la prueba de su engañosa esperanza: fue obedecido al punto y al mismo instante tendieron en el suelo pieles curtidas, olorosas, limpias. Y lisas de animales para que de manteles sirviesen, sobre los cuales arrojaron, tendieron, sin concierto ni policía alguna, de los diversos géneros de frutas secas, sentándose en él y algunos de

los principales bárbaros que allí estaban comenzó a comer y a convidar por señas a Periandro que lo mismo hiciese. Sólo quedó en pie Bradamiro arrimado a su arco, clavados sus ojos en el que pensaba ser mujer; rogóle el gobernador se sentase, pero no quiso obedecerle, antes, dando un gran suspiro, volvió las espaldas y se salió a la tienda. En esto llegó un bárbaro que dijo al capitán que al tiempo que habían llegado él y otros cuatro, para pasar a la prisión, llegó a la marina una balsa la cual traía un varón y la mujer guardiana de la mazmorra, cuyas nuevas pusieron fin a la comida, y levantándose el capitán con todos los que allí estaban

Acudió a ver la balsa: quiso acompañarle Periandro, de lo que fue él muy contento. Cuando llegaron ya estaba en tierra, el prisionero y la custodia: miró atentamente Periandro, por ver si por ventura conocía al desdichado a quien en su corta suerte había puesto en el mismo extremo en que él se había visto: pero no pudo verle el rostro de lleno a causa que tenía inclinada la cabeza y como de industria parecía que no dejaba verse de nadie: pero no dejó de conocer a la mujer que decían ser guardiana de la prisión, cuya vista y conocimiento suspendió el alma y le alborotó los sentidos, porque claramente, y sin poner duda en ello, conoció ser Cloelia, ama de su querida Auristela, quisiérala hablar, pero no se atrevió, por no entender si acertaría o no en ello: y así deprimiendo su deseo como sus labios, estuvo esperando en lo que pararía semejante acontecimiento.

El gobernador, con deseo de apresurar sus pruebas y dar feliz compañía a Periandro, mandó que al momento se sacrificase aquel mancebo, de cuyo corazón se hiciesen los polvos de la ridícula y engañosa prueba : y fueron al momento a atarle un lienzo por los ojos, le hicieron hincar de rodillas, atándole por el cual sin hablar palabra, como un mando cordero esperaba el golpe que le había de quitar la vida. Visto lo cual por la antigua Cloelia, alzó la voz, y con tal aliento que de sus muchos años se esperaba, comenzó a decir: mira oh gobernador, lo que haces porque ese varón que mandas sacrificar no lo es, ni puede aprovechar ni servir cosa alguna a tu intención, porque es la más hermosa mujer que puede imaginarse. Habla hermosísima Auristela, y no permitas, llevada de

la corriente de tus desgracias que te quiten la vida, poniendo tasa a la providencia de los cielos que te la pueden guardar y conservar para que felizmente la goces.

A estas razones los crueles bárbaros detuvieron el golpe que ya la sombra del cuchillo se señalaba en la garganta del arrodillado. Mandó el capitán desatarle y dar libertad a sus manos y luz a los ojos y mirándole con atención le pareció ver el más hermoso rostro de mujer que hubiese visto, y juzgó, aunque era bárbaro, que si no era el de Periandro, ningún otro en el mundo podría igualársele. ¿Qué lengua podrá decir o qué pluma describir lo que sintió Periandro cuando conoció ser Auristela, la condenada y la libre?

Quitósele la vista de los ojos, se recubrió el corazón y con pasos torcidos y flojos fue a abrazarse con Auristela a quien dijo teniéndola estrechamente entre sus brazos: querida mitad de mi alma, firme columna de mis esperanzas, o prenda, que no se si por mi bien o por mi mal hallada, aunque no será sino por mi bien, pues de tu vista no puede proceder mal alguno!

Ves aquí a tu hermano Periandro y por esta razón, dijo con voz baja, que de nadie pudo ser oída y prosiguió diciendo: Vive señora y hermana mía que en esta isla no hay muerte para las mujeres y no quieras para contigo ser más cruel que sus moradores; confía en los cielos que te han librado lhasta aquí de los infinitos peligros que tú debes haber visto, y te librarán en adelante Ay hermano – dijo Auristela – que era la misma que por varón pensaba ser sacrificada. Dichosa he sido al hallarte. Lloraban ambos, cuyo llanto vio el bárbaro Bradamiro: asió de una mano a Auristela y de la otra Periandro y con semblante amenazador y ademán soberbio dijo en alta voz: Ninguno sea osado si es que estima en algo su vida en tocar a estos dos, aún en un solo cabello. Esta doncella es mía, yo la quiero y este hombre ha de ser libre prque ella lo quiere, Apenas hubo dicho esto cuando el bárbaro gobernador indignado e impaciente puso una flecha en el arco desviándole de sí el brazo izquierdo y disparó la flecha con tan buen tino y con tanto furia que en un instante llegó a la boca de Bradamiro y la cerró quitándole el movimiento de la lengua y arrancándole el alma dejando atónitos a todos. Pero no hizo tan a su salvo el tiro tan atrevido como certero

que no recibiese por el mismo estilo la paga de su atrevimiento porque el hijo de orcurbo, el bárbaro, pareciéndole más ligeros sus pies que la flecha de su arco, en dos brincos se puso junto al capitán y alzando el brazo le envainó en el pecho un puñal. Cerró el capitán en su sempiterna noche los ojos y dio con su muerte venganza a la de Bradamiro; alborotó los pechos y los corazones de sus parientes de entrambos y puso armas en las manos de todos y en un instante se trenzaron a mandar muertes en las flechas de unas partes a las otras. Entre estas muertes, esas heridas estaban juntos la antigua Cloelia, la doncella intérprete, Periando y Auristela.

Entre estas muertes estaban envueltos, cuando un bárbaro mancebo se llegó a Periandro diciendo en lengua castellana: «sígueme hermosa doncella y di que hagan lo mismo las peronas que contigo están que yo os pondré en salvo si los cielos me ayudan». No le respondió palabra Periandro sino hizo que Auristela, Cloelia y la intérprete se animasen y lo siguiesen, pisando muertos, hollando armas, siguiesen al joven bárbaro que les guiaba; llevaban las ardientes llamas de la selva a sus espaldas que les servían viento que el paso aligerase. Los muchos años de Cloelia los pocos de Auristela no permitían que sus pasos tendiesen el suyo, visto lo cual el bárbaro robusto y de fuerza asistió a Cloelia y se la echó al hombro y Periandro hizo lo mismo con Auristela. La intérprete más animosa, con varonil brío les seguía; de esta manera cayendo y levantando llegaron a la marina, habiendo andado como una milla, entró el bárbaro en una espaciosa cueva, en quien la saca del mar entraba y salía. Poco anduvieron hasta que llegaron a una altísima peña, al pie del cual descubrieron un anchísimo espacio o cueva, a quien servían de techo y paredes las mismas peñas; salieron con teas encendidas en las manos dos mujeres vestidas al traje bárbaro, una muchacha hasta quince años, la otra hasta treinta, hermosa, la muchacha hermosísima. La una dijo ay padre y hermano mío, y la otra no dijo sino bienvenido y regalado hijo de mi alma. La intérprete estaba admirada de oír hablar en aquella parte a mujeres que parecían bárbaras otra lengua de aquella que en la isla se acostumbraba y cuando les iba a preguntar qué misterio tenía saber ellas aquel lenguaje, lo estorbó mandar el padre a su

esposa y a su hija que adrezasen con lanuda pieles el suelo de la inculta cueva; ellas le obedecieron arrimando a las paredes las teas; en ese instante solícitas y dilientes sacaron de otra cueva que más adentro se hacía pieles de cabras, ovejas y otros animales con que quedó el suelo adornado y se reparó el frío que comenzaba a fatigarles.

Capítulo V. De la cuenta que dio el bárbaro español a sus nuevos huéspedes.

Presta y breve fue la cena, pero por cenarla sin sobresalto se hizo sabrosa; se renovaron las teas, y aunque quedó ahumado el aposento, quedó caliente; las vajillas que en la cena sirvieron no fueron de plata ni de pisa; las manos de la bárbara y bárbaro, pequeños fueron los platos, y unas cortezas de árboles, un poco más agradables que de corecho, fueron los vasos. Quedóse Candia lejos y sirvió en su lugar agua pura, limpia, frigidísima; quedóse dormida Cloelia, porque los luengos años más amigos son del sueño que de otra cualquiera conversación, por más gustosa ue sea. Acomodóla la bárbara grande en el segundo apartamento, haciéndole de pieles así colchones como frazadas; volvió a sentarse con los demás, a quien el español dijo en lengua castellana de esta manera: puesto que estaba en razón que yo supiera primerao, señores míos, algo de vuedtra hacienda y sucesos, antes que os dijera los míos, quiero por obligaros que lo sepais, porque los vuestros no me descubran después que los míos, hubiereis oído.

Relató que nació en España, en una de las mejores provincias de ella; le echaron al mundo padres medianamente nobles, le criaron como ricos; llegó a las puertas de la gramática, que son aquellas por donde se entra a las demás, ciencias, le inclinó su estrella bien en parte a las letras, mucho más a las armas: no tuvo amistad en mis verdes años ni con Ceres ni con Baco, así en mí siempre estuvo Venus fría. Llevado pr mi inclinación natural dejé mi patria me fui a la guerra que entonces la majestad del César Carlos hacía en Alemania contra algunos potentados de ella; me fue Marte favorable, alcancé nombre de buen soldado, me honró el

emperador, tuve amigos, sobre todo aprendí a ser liberal y bien criado, que estas virtudes se aprenden en la escuela del Marte cristiano: viví a mi patria, honrado y rico, con el propósito de estar en ella algunos días, gozando de mis padres que aún vivían, y de los amigos que me esperaban; pero esta que llaman fortuna, que yo no se lo que sea, me derribó de la cumbre donde yo pensé que estaba puesto, envidiosa de mi sosiego, al profundo de la miseria donde ahora me veo, tomando por instrumento para hacerlo a un caballero, hijo segundo de un titulado que junto a mi lugar de su estado tenía.

Este que vino a mi pueblo a ver unas fiestas: estando yo en una rueda o un coro de hdiálogos y caballeros volviéndose a mi con ademán elegante y risueño, me dijo: bravo estáis, señor Antonio mucho le ha aprovechado la plática de Flandes y de Italia porque en verdad está bizarro; y sepa el buen Antonio, que yo lo quiero mucho. Yo le respondí yo soy aquel Antonio En medio de esas almibaradas alabanzas que no ocultaban una mala intención, se suscitó una reyerta y el español le infirió dos feroces cuchilladas en la cabeza y debió retirarse para salvar su vida de muchos enemigos, hecho que volvió a repetirse pues su enemigo no cejaba.

En ese punto de su relato cuando en la estancia más adentro donde se encontraba Cloelia se oyeron tiernos gemidos y sollozos y acudieron al instante con luces Auristela, Periandro y todos los demás a ver que sería y hallaron que Cloelia, arrimadas las espaldas a la peña, sentada en las pieles tenía los ojos clavados en el cielo y casi quebrados. Llegose a ella Auristela y a voces compasivas y dolorosas le dijo: ¿Qué es esto, ama mía? Ella respondió tomando la mano de Auristela manifestó muero cristiana en la fe de Jesucristo y pidió que cuando vieran a alguno de sus parientes se lo digais poque mas no puedo. Y muchas veces pronunciando el nombre de Jesús, cerró los ojos en tenebrosa noche a cuyo espectáculo también cerró los suyos Auristela y vuelta en sí acrecentó sus lágrimas y comenzó suspiros nuevos y ordenó que otro día la sepultasen, quedándose en guada de la muerta, la doncella bárbara y su hermano, los demás se fueron a reposar lo poco que de la noche faltaba.

Capítulo VI. El bárbaro español prosigue su historia.

Tardó aquel día en mostrarse al mundo, al parecer más de lo acostumbrado, a causa del humo y pavesas del incendio de la isla, que aun duraba, impedía que los rayos del sol de aquella parte no pasasen a la tierra; mandó el bárbaro español a su hijo que saliese de aquel sitio, como otras veces solía y se informase lo que en la isla pasaba. Con alborotado sueño pasaron los demás aquella noche, porque el dolor y el sentimiento de la muerte de su ama Cloelia no consintió que Auristela durmiese y el no dormir de Auristela tuvo en continua vigilia a Periandro, el cual con Auristela salió al raso de aquel sitio y vio que era hecho fabricado en la naturaleza como si la industria y el arte le hubieran compuesto: era redondo y cercado de altísimas y peladas peñas y a su parecer tanteó que bojaba más de una legua; todo lleno de árboles silvestres, que ofrecían frutos, si bien ásperos, comestibles a lo menos. Estaba crecida la hierba, porque las muchas aguas que de las peñas salían, las tenían en perpetua verdura, todo lo cual le admiraba y suspendía, y llegó en esto el bárbaro español y dijo: Venid señores, y daremos sepultura a la difunta y fin a mi comenzada historia: hiciéronlo así, y enterraron a Cloelia en lo hueco de una peña, cubriéndola con tierra y con otras peñas menores. Auristela le rogó que se pusiese una cruz encima, para señal de que aquel cuerpo había sido cristiano. El español respondió que el traería una gran cruz que en su estancia tenía y la pondría encima de aquella sepultura: diéronle todos el último vale, renovó el llanto Auristela, cuyas lágrimas sacaron al momento las de Periandro. En tanto que el mozo bárbaro volvía, se volvieron todos a encerrar en el cóncavo de la peña donde habían dormido, por defenderse del frío que con rigor amenazaba, y habiéndose sentado en las blandas pieles pidió el bárbaro silencio y prosiguió su cuento en esta forma:

Cuando me dejó la barca en que venía en la arena, y la mar se tornó a cobrarla, dije ue con ella e fue mi esperanza de libertad, pues ahora no la tengo de cobrarla; entré aquí dentro, en este sitio y me pareció que la naturaleza la había hecho y formado para ser

teatro donde se representase la tragedia de mis desgracias; me admiró no ver gene alguna, sino algunas cabras monteses y animales pequeños de diversos géneros; rodee todo el sitio: hallé esta cueva cavada en estas peñas, y señaléla para mi morada; finalmente habiéndolo rodeado todo, volví a la entrada que aquí me había conducido ñara ver si oía voz humana o me descubría a quien me dijese en qué pate estaba y la buena suerte y los piadosos cielos, que de aun del todo no me tenían olvidado, me depararon una muchacha bárbara de edad hasta quince años, que por las peñas, riscos y escollos de la marina, pintadas conchas y apetitosos mariscos andaba buscando; pasmóse viéndome pegaronse los pies en la arena, soltó las cogidas conchuelas, y derramósele el marisco, y cogiéndola entre mis brazos, sin decirle palabra, ni ella a mi tampoco, me entré por la cueva adelante, y la traje a este mismo lugar donde ahora estamos; púsela en el suelo beséle las manos haláguete el rostro con las mías, e hice todas las señas y demostraciones que pude para mostrarme blando y amorosos con ella. Ella, pasado aquel primer espanto con atentísimos ojos me estuvo mirando, y con las manos me tocaba todo el cuerpo, y de cuando en cuando, ya perdido el miedo, se reía y abrazaba, y sacando del seno una manera de pan hecha a su modo, que no era de trigo, me lo puso en la boca, y en sulengua me habló y después de lo que acá he sabido, me rogaba que comiese: yo hice así porque lo había bien menester: ella me asió de la mano y me llevó a aquel arroyo, que allí está, donde asimismo por señas me rogó que bebiese. Yo no me apartaba de mirarla, pareciéndome antes ángel del cielo, que bárbara de la tierra, volví a la entrada de la cueva, y allí con señas y con palabras, que ella no entendía, le supliqué, como si ella las entendiera, que volviese a verme: con esto la abracé de nuevo, ella simple y piadosa me besó en la frente y me hizo claras y ciertas señas de que volvería verme: hecho esto torné a pisar ese sitio y a requerir y probar la fruta de que algunos árboles estaban cargados, y hallé nueces y avellanas y algunas peras silvestres; di gracia a Dios del hallazgo y alenté las desmayadas esperanzas de mi remedio: pasé aquella noche en ese mismo lugar, esperé el día y en él también esperé la vuelta de mi bárbara

hermosa de quien comencé a temer y recelar que me había de descubrir y entregarme a los bárbaros de quienes imaginé estar llena esta isla; pero sacóme de ese temor al verla volver ya entrado el día, bella como el sol, mansa como una cordera, no acompañada de bárbaros que me prendiesen, sino cargada de bastimentos que me sustentasen.

Aquí llegaba de su historia el español gallardo, cuando llegó el que había ido a saber lo que en la isla pasaba, el cual dijo que casi toda estaba abrasada, todos o los más de los bárbaros muertos, unos a hierro, otros a fuego, y que si algunos había vivos, eran los que algunas balsas de madero, se habían entrado al mar, por huir en el agua el fuego de la tierra; que ien podían salir de allí y pasear la isla por la parte que el fuego diese licencia y que cada uno pensase que remedio se tomaría para escapar de aquella tierra maldita; que por allí cerca había otras islas con gente menos bárbara habitadas, que quizás cambiando de lugar cambiaran de ventura.

Sosíégate, hijo, un poco que estoy dando cuenta a estos señores de mis sucesos y no me falta mucho, porque mis desgracias son infinitas. No te canses, Señor mío, dijo la bárbara grande, en referirlos tan por extenso, que podrá ser que te canses o que canses: déjame a mí que cuente loque queda, a lo menos hasta este punto en que estamos. Soy contento respondió el español porque me dará muy grande el ver como las relatas.

Es pues el caso – replicó la bárbara, que mis muchas entradas y salidas de ese lugar dieron bastante para que de mí y de mi esposo naciese esta muchacha y este niño : llamo esposo a este señor porque antes de que me conociese del todo me diera palabra de serlo al modo que él dice que se usa entre los verdaderos cristianos: me ha enseñado su lengua y yo a él, la mía; y en ella asimismo me enseñó la ley católica cristiana: me dio agua de autismo en aquel arroyo, aunque no con las ceremonias que él me ha dicho que en su tierra se acostumbran; me declaró su fe como él la sabe, la cual yo asenté en mi alma y en mi corazón, donde le he dado el crédito que he podido darle: creo en la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y sólo un Dios verdadero, y que aunque es Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo.

No son tres dioses y todas las tres un solo Dios verdadero. Finalmente creo todo lo que cree la Santa Iglesia católica romana, regida por el Espíritu Santo y gobernada por el Sumo Pontífice, vicario y su primer pastor después de Jesucristo, primero y universal pastor de su esposa, la Iglesia. Díjome grandezas de la siempre virgen María, reina de los cielos y señora de los Ángeles y nuestra, tesoro del Padre, relicario del Hijo, amor del Espíritu Santo, amparo y refugio de los pecadores. Con estas me ha enseñados otra cosas, que no las digo por parecerme que las dichas bastan para que entendendáis que soy católica cristiana. Yo simple y compasiva entregué un alma rústica a él (merced a los cielos) me ha vuelto discreta y cristiana: entréguele mi cuerpo no pensando que en ello ofendía nadie; y de esta entrega resultó haberle dado dos hijos significó, como los que aquí véis, que acrecientan el mundo de los que alaban al Dios verdadero; en veces le traje alguna cantidad de oro de la que abunda en esta isla, y algunas perlas que yo tengo guardadas, esperando el día que ha de ser tan dichoso que nos saque de esta prisión y nos lleve adelante donde con libertad y certeza y sin escrúpulo alguno seamos unos del rebaño de Cristo, en quien adoro en aquella cruz que allí veis. Esto que he dicho me pareció a mí era lo que faltaba decir a mi señor Antonio, que así se llamaba el español bárbaro, el cual dijo: dices verdad Ricla mía, que ese era el propio nombre de la bárbara, con cuya variable historia admiraron los presentes, y despertaron mil alabanzas que les dieron y mil buenas esperanzas que les anunciaron, especialmente Auristela, que quedó aficionadísima a las dos bárbaras: madre e hija.

El mozo bárbaro que también como su padre se llamaba Antonio dijo a esta sazón no ser bien estar allí ociosos sin dar traza y orden cómo salir de aquel encerramiento, porque si el fuego de la isla, que más andar ardía, sobrepujase las altas sierras, o traídas del viento cayesen en aquel sitio, todos se abrasarían. Dices verdad, hijo, respondió el padre. Soy de parecer dijo Ricla que aguardemos dos días porque de una isla que está tan cerca, que algunas veces estando el sol claro y el mar tranquilo, alcanzó la vista verla, de ella vienen a esta sus moradores a vender y a trocar lo que tienen con lo

que tenemos y a truco con truco. Yo saldré de aquí pues ya no hay nadie que me escuche o que me impida, pues no oyen ni impiden los muertos, concertaré que me vendan una barca por el precho que quisieren, que la he de menester para escaparme con mis hijos y mi marido, que encerrados en una cueva tengo de la rigurosidad del fuego; pero quiero ue sepais que estas barcas son fabricadas de madera, y cubiertas con cueros fuertes de animales, bastantes a defender que no entre agua por los costados; pero lo que he visto y notado, nuncaellos navegan son en mar sosegado, y no traen aquellos lienzos que he visto traen otras barcas que suelen llegar a nuestras riberas para vender doncellas o varones para la vana superstición que haeis oído decir que en esta isla ha mucho tiempo que se acostumbra: de donde vengo a entender que tales arcas no son buenas para fiarlas al mar grande de las borrascas y las tormentas que dicen suceden a cada paso. A lo que añadió Periandro: ¿No ha usado el señor Antonio de este remedio en tantos años como ha que está aquí encerrado? No, respondió Ricla : porque no me han dado lugar los muchos ojos que miran para poder concertarme con los dueños de las barcas y por no poder hallar excusa que dar para la compra. Así es dijo Antonio, no por no dfiarme de la debilidad de los bajeles; pero ahora que me ha dado el cielo este consejo, pienso tomarlo y mi hermosa Ricla estará atenta a ver cuando vengan los mercaderes de la otra isla y sin reparar en precio comprará una barca con todo el necesario matalotaje diciendo que la quiere para lo que tiene dicho.

En resolución, todos vinieron en este parecer y saliendo de aquel lugar, quedaron admirados del estrago que el fuego había hecho y y las armas; vieron mil diferentes especies de muertes de quien la cólera sin razón y enojo suelen ser inventores; y vieron también que los bárbaros que habían quedado vivos, recogiendo a sus balsas, desde lejos estaban mirando el riguroso incendio de su patria y algunos que habían pasado a la isla, que servía de prisión a los cautivos. Quisiera Auristela que pasaran a la isla para ver si en la oscura mazmorra quedaban algunos, pero no fue menester, porque vieron venir a una balsa y en ella hasta veinte personas, cuyo traje dio a entender ser los miserables que en la mazmorra

estaban. Llegaron a la marina, besaron la tierra y así dieron muestras de adorar el fuego por haberles dicho el bárbaro que los sacó del calabozo oscuro que la isla se abrasaba y que ya no tenían razón para temer a los bárbaros. Fueron recibidos amigablemente y consolados en la mejor manera que les fue posible, Algunos contaron sus miserias, otros las dejaron en silencio, por no hallar palabras para decirlas. Ricla se admiró de que hubiesen pasado a la isla de su prisión parte de aquellos que a las balsas se habían recogido: uno de los prisioneros aquellos dijo que el bárbaro que los había libertado (en lengua italiana) le había dicho todo el suceso miserable de la abrasada isla aconsejándoles que pasasen a ella a satisfacerse de sus trabajos con el oro y la plata que en ella hallarían, que él vendría en otra balsa,

Capítulo VII. Navegan desde la isla bárbara a otra isla que descubrieron.

Cuatro millas habían navegado sus barcas cuando descubrieron que una poderosa nave que con todas las velas tendidas y viendo en popa parecía que venía a embestirles. Periandro dijo, habiéndola visto, dijo: sin duda debe ser la de Arnaldo que vuelve a saber de mi suceso y tuviéralo yo ahora no verle. Había contado a Auristela todo lo que con Arnaldo había pasado y lo que entre los dos dejaron concertado. Turbóse Auristela, que no quisiera volver al poder de Arnaldo, de quien había dicho, aunque breve y sucintamente lo que en un año que estuvo en su poder le había acontecido: no quisiera ver juntos a los dos amante, puesto que Arnaldo estaría seguro que el fingido hermanazgo suyo y de Periandro, todavía el temor estar el parentesco, le fatigaba y ¿quien le quitaría Periandro no estar celoso viendo a los ojos tan poderoso adversario? Que no hay discreción que valga ni amorosa fe que asegure el enamorado pecho cuando entran en él en él celosas sospechas. Cambió el soplo del viento y la nave smodificó su rumbo alejándose, en tanto las barcas donde iban se acercaron a las costas y las vararon.

Capítulo VIII. El conde Rutilio cuenta su vida.

Comenzó diciendo: Mi nombre es Rutilio, mi patria Sena; mi oficio, maestro de danzar, único en él. Había en sena un caballero rico, a quien el cielo dio una hja más hermosa que discreta, a la cual su padre quiso casar con un caballero florentino y por entregársela adornada de gracias adquiridas, ya que del entendimiento faltaban, quiso que yo la enseñase a danzar, que la sutileza, gallardía y disposición del cuerpo en los bailes honestos que en dos pasos se señalan y a las damas principales está muy bien saberlas, n saberlas, para las ocasiones forzosas que les puede suceder. Entré a enseñarle los moimientos del cuerpo, pero movía los del alma, pues, como no discreta, como he dicho, rindió su alma a la mía e hizo la suerte que para que nos gozaremos yo la sacase de la casa de su padre y la llevase a Roma; pero como el amor no da baratos sus gustos y los delitos llevan a las espaldas el castigo, en el camino nos pendieron a los dos, por la diligencia de supade en buscarnos, su confesión y la mía, fue decir que yo llevaba mi esposa y ella iba con su marido, no fue bastante para no agravar mi culpa, tanto que obligó al juez, movió y convenció a sentenciarme a muerte.

Apartáronme en la prisión con los condenados a ella por otros delitos no tan honrados como el mío. Visitóme en el calabozo una mujer que estaba presa por futucheries, que en castellano se llaman hechicerías que la alcaldesa había hecho soltar de las prisiones y llevándola a su aposento, a título de que sus yerbas y palabras había de curar a una hija suya de una enfermedad que los médicos no acertaban a curarla, finalmente por abreviar mi historia, pues no hay razonamiento que aunque sea bueno, siendo largo lo parezca; viéndome yo atado y con el cordel en la garganta, sentenciado a suplicio, sin esperanza ni remedio, di el sí a lo que la hechicera me pidió, de ser su marido, si me sacaba de aquel trabajo, djome que no tuviese pena, que aquella misma noche sel día que sucedió esta plática de ella rompería las cadenas y los cepos y a

pesar de cualquier impedimento me pondría en libertad y en parte donde no me pudiesen ofender mis enemigos aunque fuesen muchos y poderosos. Túvela no por hechicera, sino por ángel que enviaba el cielo para mi remedio; esperé la noche y en la mitad de su silencio llegó a mí y me dijo que asiese la punta de una caña que puso en mi mano, diciéndome la siguiese, me turbé algún tanto pero como el interés era tan grande, moví los pies para seguirla, los hallé sin grillos ni cadenas, y las puertas de toda la prisión de par en par abiertas y los prisioneros y guardias en profundísimo sueño sepultados. En medio de la calle tendió en el suelo mi guiadora un manto que pusiese los pies en él, me dijo que tuviese buen ánimo que por entonces dejase mis devociones: luego vi mala señal, que quería llevarme por los aires y aunque como cristiano bien enseñado tenía por burla todas estas hechicerías, y todavía el peligro de la muerte, como ya he dicho, me dejó atropellar por todo, y en fin puse los pies en la mitad del manto y ella, sin más ni menos, murmurando unas razones que yo no pude entender, y el mano comenzó a levantarse en el aire y yo comencé a temer poderosamente y mi corazón no tuvo santo ni letanía a quien no llamase en mi ayuda. Ella debió de conocer mi miedo y presentir mis rogativas y olvióme a mandar que las dejase. Desdichado de mí – dije ¿Qué bien puedo esperar si se me niega el pedido a Dios de quien vienen todos los bienes?

En resolución cerré los ojos y me dejñe llevar por los diablos que no son otras las postas de las hechiceras y al parecer cuatro horas o poco más jávs habían volado cuando me hallé al crepúsculo del día en una tierra no conocida.

Tocó el manto en el suelo y mi guiadora me dijo: en parte de estas amigo Rutilio que todo el género humano no podría ofenderte y diciendo esto comenzó a abrazarme no muy honestamente, apartéla de mí con los brazos y como mejor pude divisé que la que abrazaba era una figura de loba, cuya visión me heló el alma, me turbó los sentidos, y dio con mi mucho ánimo al través; pero como suele acontecer en los grandes peligros, la poca esperanza de vencerlos saca del ánimo desesperadas fuerzas, las pocas mías, me pusieron en la mano un cuchillo, que acaso en el seno traía y con

furia y rabia le hincó en el pecho a la que pensé ser loba, la cual cayendo en el suelo perdió aquella fea figura y hallé muerta y corriendo sangre a la desventurada encantadora.

Considerad, señores, cual quedaría yo en tierra no conocida y sin persona que me guiase. Estuve esperando el día muchas horas pero nunca acababa a de llegar, ni por los horizontes se descubría señal de que el sol viniese; me aparté de aquel cadáver, porque me causaba horror y espanto el tenerle cerca de mí; volvía muy a menudo los ojos al cielo, contemplaba el movimiento de las estrellas, apréciame según el curso que había hecho, que ya había de ser de día. Estando en esta confusión oí que venía hablando por junto donde estaba alguna gente, y así fue verdad y saliéndoles al encuentro les pregunté en mi lengua Toscana, que me dijese qué tierra era aquella; uno de ellos me respondió: esta tierra es Noruega: pero ¿Quién eres tú que lo preguntas y en lengua que en estas partes hay muy pocos que la entiendan? Yo soy, respondí, un miserable que por huir de la muerte he venido a caer en sus manos: y en breves razones dí cuenta de mi viaje y de la muerte de la hechicera: mostró condolerse el que me hablaba y díjome puedes buen hombre dar gracias al cielo por haberte librado del poder de estas maléficas hechiceras, de las cuales hay mucha abundancia en estas septentrionales partes; cuéntase de ellas que se convierten en lobos así machos como hembras, porque entre ambos géneros hay maléficos encantadores. Como estopuela ser lo ignoro y como cristiano que soy católico no lo creo; pero la experiencia demuestra lo contrario; por lo que puedo alcanzar es que todas estas transformaciones del demonio y permisión de Dios, y castigo de los abominables pecados de este maldito genero de gente. Preguntele qué hora podría ser, porque me parecía que la noche se alargaba y el día nunca venía. Respondióme que en aquellas partes remotas se repartía el año en cuatro tiempos: tres meses había de noche oscura; sin que el sol apreciase en la tierra de manera alguna y tres meses que había de crepúsculo del día, sin que bien fuese noche, ni bien fuese día: otros tres meses había de día claro continuado, sin que el sol se escondiese y otros tres meses de crepúsculo de la noche y que la sazón que estaban era la del crepúsculo del día, que ni bien

fuese noche ni bien fuese día; otros tres meses había de día claro sin que el sol se escondiese; otros tres de crepúsculo de noche y que a la sazón que estaban era la del crepúsculo del día; así que esperar la claridad del sol por entonces era esperanza vana y que también lo sería esperar yo volver a mi tierra tan presto, sino fuese cuando llegase la sazón del día entero, en la cual parten navíos de estas partes a Inglaterra, Francia y España con algunas mercancías, Preguntóme si tenía algún oficio en qué ganar de comer, mientras llegaba el tiempo de volver a mi tierra. Respondí que era bailarín y grande hombre de hacer cabriolas. Y que sabía usar las manos utilísimamente. Se rió de gana el hombre y me dijo que aquellos ejercicios u oficios o como llamarlo quisiese no corrían Noruega ni en todas aquellas partes. Me preguntó si sabía si sabría oficio de orífice. Le dije que tenía habilidad para aprender lo que se me enseñase: pues veníos hermano conmigo, aunque primero será bien que demos sepultura a esta miserable. Hicímosle así, me llevó a una ciudad donde toda la gente andaba por las calles con los palos de la tea encendidos en las manos, negociando lo que les importaba.

Le pregunté ¿cómo había venido a aquella tierra Que si era verdaderamente italiano? Respondió que uno de sus pasados abuelos se había casado en ellas viniendo de Italia a negocios y auvo hijos; les enseñó su lengua y de uno a otro se extendió todo su linaje hasta llegar a él que era uno de sus cuartos nietos, así como vecino y morador antiguo llevado de su afición a sus hijos y mujer había quedado hecho carne y sangre entre esta gente sin acordarse de Italia, ni de los parientes que dijeron sus padres, tenían.

En pocos meses aprendió el oficio, hasta que un día su amo y maestro le mandó llevar gran cantidad de mercancías a unas islas cercanas y se despertó una borrasca que destruyó los bajeles y no quedó nadie vivo excepto él.

Capítulo IX. Donde Rutilio prosigue la historia de su vida.

Lo primero que se le ofreció a la vista, antes que viese cosa alguna fue un bárbaro pendiente y ahorcado donde conocí que

estaba en tierra de bárbaros y luego el miedo me puso delante de mí géneros de muertes y no sabiendo que hacerme, algunas o todas juntas, las esperaba; en fin, la necesidad, según se dice, es maestra de utilizar el ingenio, di en un pensamiento harto extraordinario, y fue que descolgué al bárbaro del árbol, y habiéndome desnudado de todos mis vestidos, que enterré en la arena, me vestí de los suyos, que me vinieron bien, pues no tenían otra hechura que de ser de pieles de animales, no cosidos ni cortados de medida, sino ceñidos por el cuerpo, como lo habéis visto; para dismular la lengua y que por ella fuese conocido como extranjero, me fingí mudo y sordo y por estaindustria entré por la isla adentro, saltando y haciendo cabriolas en el aire.

A poco derecho descubrí gran cantidad de bárbaros, los cuales me rodearon y en su lengua, unos y otros, con gran prisa me preguntaron (a lo que después acá he entendido) ¿quién era, cómo me llamaba, de donde venía a dónde iba?

Les respondí con callar y hacer todas las señales de mudo, más aparentes que pude, y luego reiteraba los saltos y menudeaba las cabriolas. Me salí de entre ellos, me siguieron los muchachos, por verme saltar y hacer gestos, me daban de comer de lo que tenían; de esta manera he pasado tres años entre ellos y aún pasara todos los de mi ida, sin ser conocido. Con la atención y curiosidad noté su lengua y aprendí mucha parte de ella, supe la profecía que de la duración de su reina venía profetizada un antiguo y sabio bárbaro, a quien ellos daban mucho crédito; he visto sacrificar algunos varones para hacer la experiencia de su cumplimiento y comprar algunas doncellas para el mismo efecto hasta que sucedió el incendio de la isla, que vosotros señores habéis visto; me guardé de las llamas, fui a dar aviso a los prisioneros de la mazmorra, donde vosotros sin duda habréis estado : vi estas barcas, acudí a la marina, hallaron vuestros generosos pechos lugar mis ruegos y me recogisteis en ellas, porque os doy infinitas gracias y ahora espero la del cielo pues nos sacó de tanta miseria a todos, nos ha de car en ese que pretendemos felicísimo viaje.

Aquí dio fin Rutilio a su plática, con que dejó admirados y contentos a los oyentes; llegóse el día áspero, turbio y con señales

de nieve muy cierts. Le dio Auristela a Pedriando lo que Cloelia le había dado la noche que murió, que fueron dos pelotas de cera, una, como se vio cubría una cruz de diamantes tan rica, que no acertaron a estimarla por no agraviar su valor; la otra dos perlas redondas asimismo de estimable preico. Por estas joyas, vinieron en conocimiento de que Auristela y Periandro eran gente principal, puesto que mejor declaraba esta verdad su gentil disposición y agradable trato.

El bárbaro Antonio viniendo el día se entró un poco por la isla pero no descubrió otras cosa que montañas y sierras de n ievie; y volviendo a las barcas dijo que la isla era despoblada y que convenía partirse de allí luego a buscar otra parte donde recogerse del frío que amenazaba y proveerse de los mantenimientos que presto les harían falta. Echaron con presteza las barcas al agua, se embarcaron todos y pusieron proas en otra isla, que no lejos de allí se descubría: en esto yendo navegando con el espacio que podían proveer dos remos, que no llevaba más cada barca, oyeron de la una que las otras dos salía una voz blanda, suave, de manea que hzo estar atentos a escucharla Notaron, especialmente el bárbaro Antonio, el padre que notó que lo que se se cantaba era en lengua portuguesa, que el sabía muy bien. Calló la voz y de allí a poco volvió a cantar en castellano y no a otro tono de instrumentos que al de remos que sesgamnte por el tranquilo mar las barcas impelían y notó que cantaron al viento y al amor.

La bárbara Riela dijo, en callando la voz: espacop debe de estar y y ocioso el cantor que en semejante tiempo da su voz a los vientos, pero no lo juzgaron así Periandro y Auristela, porque le tuvieron más enamorado que ocioso al que cantado había: que los dos enamorados fácilmente reconcilian los ánimos y traban amistad con lo que conocen y padecen la misma enfermedad y así con licencia de los demás se hizo pasar a su barca al cantor quien agradeció en medio portugués y neduo castellano sin que sus oyentes dejaran de bogar.

De modo que antes de anochecer llegaron a una isla también despoblada, aunque no de árboles llenos de frutos. Saltaron todos a tierra y se acomodaron a dormir, supliendo con mucho fuego la

incomodidad del sitio, Periandro le rogó si era posible que les hiciera sabedores de sus desgracias. Era cortés el cantor y sin hacerse rogar dijo.

Capítulo X. De lo que contó el enamorado portugués.

Soy portugués de nación, noble en sangre, rico de bienes de fortuna, y no pobre de los de naturaleza: mi nombre es Manuel de Sousa Coutinio, mi patria Lisboa y mi ejercicio de soldado; junto a la casa de mis padres, casi pared en medio estaba la de otro caballero del antiguo linaje de los Pereira, el cual tenía solo una hija, única heredera de sus bienes, que eran muchos, báculo y esperanza de isla prosperidad de sus padres, la cual por el linaje, por la riqueza y por la hermosura era deseada por todos los mejores del reino de Portugal y yo que como más vecino de su casa tenía más comodidad de verla, la miré, la conocí y la adoré con una esperanza más dudosa que cierta que podría ser viniese a ser mi esposa y por ahorrar de tiempo y por entender que con ella habían de valer poco requiebros, promesas, dádivas, determiné que un pariente mío se la pidiese a sus padres para esposa mía, pues ni en el linaje ni en la hacienda, ni aún en la edad nos diferenciábamos en nada. La respuesta que trajo fue que su hija Leonora aun no estaba en edad de casarse, que dejase pasar dos años, que le daba la palabra de no disponer de su hija en todo aquel tiempo sin hacerme sabedor de ello. Llevé este primer golpe en los hombros de mi paciencia y en el escudo de la esperanza: pero no dejé por esto de servirla públicamente a sombra de mi honesta pretensión que luego se supo por toda la ciudad: pero ella refugiada en la fortaleza de su prudencia y en los retretes de su recato, con honestidad y licencia de sus padres, admití mis servicios, y daba a entender si no los agradecía con otros, por lo menos no los desestimaba. Sucedió que en este tiempo el rey me envió por capitán general a uno de los fuertes que tiene en Berbería, oficio de calidad y confianza: llegóse el día de mi partida y pues en él no llegó el de mi muerte, pues no hay ausencia que mate, ni dolor que consuma; hablé con su padre, hice que me volviese a dar la palabra de la espera de los dos años,

me tuvo lástima porque era discreto y consintió que me despidiese de su mujer y de su hija Leonora, la cual en compañía de su madre, salió a verme a una sala. Y salieron con ella la honestidad, la gallardía y el silencio. Me pasmé cuando vi de cerca tanta hermosura, quise hablar y se me nubló la voz en la garganta y se me pegó al paladar la lengua y no supe ni pude hacer otra cosa que callar y dar con el silencio indicio de mi turbación, la cual vista por el padre que era tan cortés como discreto se abrazó conmigo y dijo: Nunca señor Manuel Sosa los días de partida dan licencia a la lengua que se desmande y puede ser que este silencio hable en su favore de vuesa merced vaya a ejercer de su cargo, y vuelva en buen punto, que yo no faltaré ninguno en lo que tocase a servirle; mi hija Leonora es obedientes y mi mujer desea darme gusto y yo tengo el deseo que he dicho que con estas tres cosas me parece que puede esperar vuesa merced buen suceso en lo que desea.

El padre había cumplido su palabra pero Leonora se desposaba con Jesucristo y el desdichado portugués debió sufrir la enorme pena de perderla definitivamente Salió entonces de la iglesia donde había formulado sus otos Leonora; volvió a su casa casi a punto de perder el juicio, y con él la vida; y dando un gran suspiro se le salió el alma y dio consigo en el suelo.

Capítulo XI. Llegan a otra isla donde hallan buen acogimiento.

Acudió con presteza Periandro a verle y halló que había expirado de todo punto, dejando a todos confusos y admirados del triste y no imaginado suceso.

Con este sueño dijo a la sazón Auristela, se ha excusado este caballero qué le sucedió en la pasada noche, los trances por donde vino a tan desastrado término y a la prisión de los bárbaros, que sin duda debían ser casos tan desesperados como peregrinos. A lo que añadió el bárbaro Antonio: por maravilla hay desdichado que sólo sea en sus desvenuras: compañeros tienen las desgracias, por aquí o por allí, siempre son grandes, y entonces lo dejan de ser cuando acaban la vida de que las padece; dieron luego orden de enterrarle,

como mejor pudieron, sirvióle de mortaja su mismo vestido, de tierra la nieve, y de cruz la que le hallaron en el pecho de un escapulario que era la de Cristo, por ser caballero de su hábito y no era menester, hallarle esta honrosa señal para enterarse de su nobleza, pues las había dado bien claras su grave presencia y accionar discreto. No faltaron lágrimas que le acompañasen, porque la compasión hizo su oficio y las sacó de los ojos de todos los circunstantes; amaneció en esto, volvieron las barcas al agua, pareciéndoles que el mar los esperaba sosegado y blando y entre tristes y alegres, entre temor y esperanza, siguieron su camino sin llevar parte cierta adonde encaminarse.

Están todos aquellos mares cubiertos de islas, todas o las más despobladas; las que tienen gente, es rústica, y medio bárbara, de corazones duros e insolentes, y con todo estos deseaban topar alguna que los acogiese, porque imaginaban que podían ser tan crueles sus moradores que no lo fuesen más las montañas de nieve y los duros y ásperos riscos que atrás dejaban. Diez días más navegaron sin tomar puerto, playa o abrigo alguno, dejando entre ambas partes, diestra y siniestra, islas pequeñas que no demostraban estar pobladas de gente. Puesta la visa en una gran montaña que a la vista se les ofrecía, pugnaban con todas sus fuerza llegar a ella con la mayor brevedad que pudiesen, porque ya sus barcas hacían agua y los bastimentos a más andar iban faltando; en fin más con la ayuda del cielo y con las de sus brazos, llegaron a la deseada isla y vieron andar dos personas por la marisma, a quienes con grandes voces preguntó Transila ¿qué tierra era aquella? Y ¿Quién las gobernaba? Y si era de los cristianos católicos.

Le respondieron en lengua que ella entendió que esa isla se llamaba Golandia y era de los católicos, estaba casi despoblada por ser tan poca la gente que tenía que apenas ocupaba una casa, que servía de mesón a gente que llegaba un puerto que estaba detrás de un peñón, que señaló con la mano y vosotros quien quiera que seáis queréis repararos alguna faltas seguidnos con la vista que nosotros os pondremos en el puerto.

Dieron las gracias al cielo los de las barcas y al volver del peñón que les habían indicado vieron un abrigo, que podía llamarse

puerto, y en él cabían diez o doce bajeles, entre chicos, medianos y grandes.

Entusiasmados llegaron a tierra; salieron así gente de los navíos, como del mesón a recibirles; saltó en tierra en hombros de Periandro y de los dos bárbaros, padre e hijo, la hermosa Auristela, vestida con el vestido y adorno con que Periandro vencido a los bárbaros por Arnaldo. Salió con ella la gallarda Trasiga, la bella bárbara Costanza con Ricla, su madre, y todos los demás de las arcas acompañaron este escuadrón gallardo. De tal manera causó admiración la bellísima escuadra entre los del mar y de la tierra que todos se postraron en el suelo y dieron muestras de adorara a Auristela y mirábanla, callando, con tanto respeto que no acertaban a mover las lengua por no ocuparse otra cosas que en mirar. La hermosa Transila, como ya había hecho experiencia de que entendían su lengua, fue la primera en romper el silencio, diciéndoles: a vuestro hospedaje nos ha traído la nuestra hasta hoy contraria fortuna: en nuestro traje y en nuestra mansedumbre echareis de ver que antes buscamos paz que guerra, porque no hacen batalla las mujeres, ni los varones afligidos, acogednos en vuestras barcas y en vuestros avíos, que las barcas que aquí nos han conducido aquí dejan el atrevimiento y la voluntad de tornar otra vez de entregarse a la inestabilidad del mar, si aquí se cambia por oro o por plata lo necesario que se busca.

Uno de la gente de los navíos, contestó en español (milagro extraño): Corto entendimiento sería hermosa señora que dudara de la verdad de lo que dices. El patrón de este hospedaje es cortesísimo y seréis atendidos como vuestra presencia merece. Entonces viendo el bárbaro Antonio y oyendo hablar en su lengua dijo: pues el cielo nos ha traído a parte que suene en mis oídos la dulce lengua de mi nación, casi yo tengo yo por cierto el fin de mis desgracias: vamos señores al hospedaje y en reposando algún tanto, daremos orden en volver a nuestro camino con más seguridad de la que hasta aquí hemos traído.

En esto un grumete que estaba en lo alto de una gavia dijo a voces en lengua inglesa; un navío se descubre que con tendidas velas y mar y viento en popa viene la vuelta de este abrigo.

Alborotáronse todos y en el mismo lugar donde estaban, sin moverse un paso, se pusieron a esperar el bajel, que tan cerca se descubría, y cuando estuvo junto vieron que las hinchadas velas las atravesaban cruces rojas y conocieron que en una bandera que traía en el peñolo de la mayor gavia venían pintadas las armas de Inglaterra; disparó, en llegando dos piezas de gruesa artillería, y luego hasta obra de veinte arcabuces: de la tierra fue hecha señal de paz con alegres voces, porque no tenían artillería con qué responderle.

Capítulo XII. Donde se cuenta de que parte y quienes eran los que venían en el navío.

Hecha la salva así del navío como de la tierra al momento echaron áncoras de la nave y arrojaron el esquife al agua, en el cual el primero que saltó después de cuatro marineros fue un anciano varón, al parecer de sesenta años, vestido de una ropa de terciopelo que le llegaba a los pies, forrada de una felpa negra, ceñida en una de las que llaman a colonias de seda en la cabeza traía un sombrero alto y puntiagudo, asimismo al parecer de felpa, tras él bajó al esquife un gallardo y brioso mancebo de poco más edad de veinte y cuatro años, vestido a lo marinero, de terciopelo negro, una espada dorada en las manos y una daga en la cinta; luego como si la arrojaran echaron de la nave al esquife un hombre lleno de cadenas y una mujer con él enredada y presa con las cadenas mismas, él hasta cuarenta años y ella de más de cincuenta, él brioso y despechado y ella melancólica y triste; impelieron el esquife los marineros: en un instante llegaron a tierra a donde en sus hombros y en los de otros soldados arcabuceros que en el arco venían sacaron a tierra al viejo y al mozo y a los dos prisioneros. Trasila, que como los demás, había estado atentísima mirando los que en el esquife venían, volviéndose a Auristela le dijo: por tu vida, señora, que me cubras el rostro con ese vedlo que traes atado al brazo, porque yo tengo que poco conocimiento, o son algunos de los que vienen en este barco personas que yo conozco y me conocen; hízolo así Auristela y en esto llegaron los de la barcca a juntarse

con ellos y todos se hicieron bien criados recibimientos : fuese derecho el anciano de la felpa a Transila y se quedó desmayado en sus brazos, que ella se los ofreció y se los puso porque no diese en tierra.

Y sorprendidos los circunstantes oyeron decir a Transila: ¡Padre de mi alma! ¿Qué venida es esta? ¿Quién trae a vuestras venerables canas y a vuestros cansados años por tierras tan apartadas de la vuestra? ¿Quién ha de traer dijo a esta sazón el brioso mancebo que sino buscar la ventura que sin vos le faltaba? Él y yo dulcísimo señora y esposa mía venimos buscando el norte que nos ha de guiar donde hallemos el puerto de nuestro descanso; pero pues ya gracias sean dadas a los cielos le hemos hallado, haz señora, que vuelva en sí tu padre Mauricio, recibéndole al como padre y a mí como tu legítimo esposo. Fuéronse a celebrar en el mesón con una comida el feliz acontecimiento y en cierto momento el anciano Mauricio pidió atención con una palmada y así contó: Soy de antiguo linaje, nací en una de las siete islas que circundan Ibernia, donde me casé y tuve una hija aquí presente, educada en las antiguas costumbres. Soy cristiano católico, y no de aquellos que andan mendigando la fe verdadera entre las opiniones; mis padres me criaron en los estudios así de las armas, como de las letras, (si se puede decir que las armas se estudian): he sido aficionado a la ciencia del astrología, seguí las costumbres de mi patria, a lo menos en lo que parecían ser niveladas con la razón. Creció la muchacha a mi sombra, porque le faltó la madre, a dos años después de nacida, y a mi me faltó el arrimo de la vejez y me sobró el cuidado de criar la hija y por salir de él, que es carga difícil, en llegando casi a edad de darle esposo en que escogí el gallardo mancebo que llevo a mi lado, que se llama Ladislao, tomando consentimiento primero de mi hija, por parecerme acertado y conveniente.

Es de saber que en mi patria hay una costumbre, entre muchas malas, la peor de todas, que concertado el matrimonio y llegado el día de la boda, en una casa principal, para esto diputada, se juntan los novios y sus hermanos, si los tienen, y todos los parientes más cercanos y con ellos el regimiento de la ciudad, unos para testigos y los otros para verdugos: está la desposada en un rico departamento

esperando que entren los hermanos de su esposo, si los tiene y parientes más cercanos, de uno en uno, a coger flores en su jardín, y manosear los ramilletes, que ella quisiera guardar intactos para su marido.

En este caso su hija negándose a cumplir esa mala costumbre en defensa de su honestidad, se retrajo, a pesar de las amenazas, salió a la sala donde se encontraban aquellos parientes con una lanza terciada en sus manos: brava como una leona y airada como una tigre.

Aquí llegaba la historia del anciano Mauricio cuando lo interrumpió su hija con el rostro hecho brasa, y los ojos fuego quitándole las palabras de la boca.

Capítulo XIII. Donde Transila prosigue la historia a quien su padre dio principio.

Salí dijo Transila, como mi padre ha dicho, a la gran sala mirando a todas partes, en alta y colérica voz dije: Hacéos adelante vosotros, aquellos cuyas deshonestas y bárbaras costumbres van en contra las que guarda cualquier bien ordenada república, vosotros más lascivos que religiosos, que con apariencia y sombra de ceremonias vanas, quereis cultivar los ajenos campos, sin licencia de sus legítimos dueños, me veis aquí gente mal perdida y peor aconsejada, venid, venid, que la razón puesta en la punta de esta lanza defenderá mi partido, quitarás las fuerzas a vuestros malos pensamientos, tan enemigos de la honestidad y la limpieza. Y diciendo esto salté en mitad de la turba y salí a la calle acompañada de mi mismo enojo, y llegué a la marina, donde cifrando mil discursos que en ese tiempo hice. en uno, me arrojé en un pequeño barco, que sin duda me deparó el cielo y asiendo dos pequeños remos me alargué de la tierra firme, todo lo que pude, pro viendo que la seguían en numerosos barcos de mayores fuerzas conmovido el cielo el viento la llevó sin impelerle los vientos, mar adentro. Así es dijo a la sazón Ladislao, porque con eso te llevabas mi alma no pude dejar de seguirte, sobrevino la noche, te perdiste de vista, y aun perdimos la esperanza de hallarte viva sino fuese que en las

lenguas de la fama desde aquel punto el celebrar tal hazaña por siglos eternos.

Es el caso, prosiguió Brasilia, el viento me trajo a la tierra y en la marina hallé unos pescadores que me recogieron y albergaron benignamente y aun le ofrecieron marido sino lo tenía, pero la codicia hizo que finalmente la vendieran a unos corsarios. Estos la despojaron de sus joyas de desposada pero de inmediato le dijeron que no fuese melancólica porque no la llevaban como esclava sino como reina de ellos y aun reina del universo porque antiguas profecías de la isla así lo vaticinaban. De manera que los siguió y aprendió el lenguaje de los bárbaros, reinando entre ellos hasta que se produjo el incendio que abrasó toda la isla a la que abandonó con las personas que la acompañan ya en libertad en esta isla. Decidió entonces interrumpir su historia y preguntó entonces a su padre Mauricio como había llegado a la isla y éste le respondió que por los conocimientos que había adquirido de la astrología judiciaria estuvo en condiciones de vaticinar que su perdición sólo duraría dos años y que la encontraría en la parte que ahora estaban y en ese instante los dos prisioneros que llevaban Mauricio y Ladislao procuraron levantarse y así dijo la mujer prisionera.

Capítulo XIV. Donde se declara quien eran los que tan aherrojados venían.

Si es que los afligidos tienen licencia para hablar ante los venturosos concédaseme a mí por esta vez donde la brevedad de las razones templará el fastidio que tuviereis por escucharlas.

Te has quejado dijo dirigiéndose a Trasila de la bárbara costumbre de los de tu ciudad como si lo fuera aliviar el trabajo de los menesterosos y quitar la carga a los flacos (por buenos u sea un caballo) pasearle la carrera primero que se ponga en él su dueño, ni va contra la honestidad, el uso y costumbre, si en él no se pierde la honra y si tiene por acertado que no lo parece; si que mejor gobernará el timón de una nave el que haya sido marinero que el que sale de las escuelas de la tierra para ser piloto; la experiencia en todas las cosas es la mejor muestra de las artes. Así que mejor te

fuera entrar experimentada en la compañía de tu esposo que rústica e inculta. Apenas oyó esta última el hombre que con ella venía atado cuando poniéndole el puño cerrado junto al rostro amenazándola: Rosamunda, o por mejor deir Rosa inmunda porque munda ni l fuiste ni lo eres ni lo serás. Sabed señores que esta mujer que veis atada como loca es aquella famosa Rosa Munda dama que ha sido concubina y amiga del rey de Inglaterra de cuyas impúdicas costumbres hay largas historias yh longuísimas memorias. Que cumplió sus gustos tan torpe como públicamente en menoscabo de la autoridad del rey; no me ataban la lengua ni enmudecían los destierros, ni me atemorizaban las amenazas, ni enmendaban castigos: finalmene a ambos llegó el día de nuestra última paga, a ésta mandó el rey que nadie en toda la ciudad, ni en todos sus reinos y señoríos le diese ni dado, ni por dineros otro sustento que pan y agua, y que a mí junto con ella nos trajesen a una de las muchas islas que por aquí hay, que fuese despoblada y que aquí nos dejasen. Concluye que este castigo ha sido peor que la muerte por la vida que con ella paso.

Clodio, djo a esta sazón Rosamunda: cuan mal me hallo yo en tu compañía, que mil veces me ha venido al pensamiento de arrojarme a la profundidad del mar, y si lo he dejado de hacer es por no llevarte conmigo que si en el infierno pusiera estar sin ti me aliviarían las penas.

Yo confieso que mis torpeza han sido muchas pero he caído sobre sujeto flaco y poco discreto más las tuyas han cargado sobre varoniles hombros y sobre discreción experimentada sin sacar de ellas otra ganancia que una delectación más ligera que la menuda paja que en volubles remolinos revuelve el viento; tú has lastimado ajenas honras, has aniquilado ilustres créditos y has descubierto escondidos y contaminado linajes claros y hasta atrevido a tu rey, a tus ciudadanos, a tus amigos y a tus mismos parientes, y en son de decir gracias, te has desgraciado con todo el mundo.

Dijo Clodio: Con todo, no me ha reprochado la conciencia haber dicho una mentira. A la sazón dijo Mauricio que Rosamunda tenía razón en que las verdades de las culpas cometidas en secreto nadie ha de ser osado de sacarlas en público especialmente sobre los

reyes y príncipes que nos gobiernan. Todo eso lo se respondió Clodio, pero si quieren que no hable ni escriban, córtense las manos y la lengua y aún entonces podré la boca en las entrañas de la tierra y daré voces como pudiera y tendré esperanza que allí salgan las cañas del rey Midas.

A la sazón dijo Ladislao háganse las paces y casemos a Rosamunda con Clodio, quizás con la bendición del sacramento del matrimonio mudando de estado mudarán de vida. Tengo un cuchillo dijo Rosamunda con que pondré una o dos puertas en mi pecho, donde salga el alma, con donde haber oído tan desatinado casamiento. Yo no me mataré dijo Clodio aunque soy murmurador y maldiciente, porque quiero vivir porque quiero decir mal; verdad es que pienso guardar la cara de los príncipes porque ellos tiene largos brazos y alcanzan donde quieren y a quien quieren y ya la experiencia me ha demostrado que no es bien ofender a los poderosos y que la caridad cristiana enseña que por el príncipe bueno se ha de rogar al cielo por su vida y por su salud y y por el malo para que mejore y enmiende.

Quien todo eso sabe, dijo el bárbaro Antonio, cerca está de enmendarse: no hay pecado tan grande ni vicio tan moderado, que con el arrepentimiento borre o quite del todo la lengua maldiciente. Es tan ligera la lengua como el pensamiento y si son malas la pequeñeces y los pensamientos ls empeoran los partos de la lengua y como sean las palabra scomo piedras que se sueltan de la mano, no se pueden revocar ni volver a la parte de donde salieron hasta que han hecho su efecto.

Capítulo XV. Llega Arnaldo a la isla donde están Periandro y Auristela.

En esto están cuando llegó un marinero anunciando un bajel grande que se acercaba con las velas tendidas, garantizada las recíprocas intenciones pacíficas de los que arribaban y los del puerto de arribo se reconoció ser el de Arnaldo, príncipe de Dinamarca, Periandro no conoció contento alguno, se le revolieron las entrañas y el corazón comenzó a dar saltos en el

pecho; los mismos accidentes y sobresaltos recibió en el suyo Auristela; Arnaldo al reconocer a Periando saltó a tierra y lo abrazó diciendo si yo fuese tan venturoso que contigo estuviese amigo Periandro que contigo hallase a tu hermana Auristela ni tendría mal que temer ni otro bien mayor que esperar. Conmigo está respondió Periandro: y todavía estaba Auristela, sin voz, inmóvil y junto a ella la hermosa Trasila y las dos, al paecer bárbaras, Ricla y Costanza. Llegó Arnaldo y puesto de hinojos ante Auristela le dijo: Seáis bien hallada norte por donde se guían mis honestos pensamientos y estrella fija que lleva al puerto donde han de tener reposo mis buenos deseos. A todo esto no respondió palabra Auristela, antes le vinieron lágrima a los ojos y comenzaron a bañar sus rosadas mejillas. Confuso Arnaldo de tal accidente, no supo determinarse, si de pesar o de alegría. Más Periandro que todo lo notaba sacó Arnaldo de la duda:, diciendo: señor el silencio y las lágrimas de mi hermana nacen de admiración y de y de gusto: de admiración de verte en parte tan no esperada y lágrimas del gusto de haberte visto: ella es agradecida como deben ser los bien nacidos con las mercedes y limpio tratamiento que siempre le has hecho. Se volvieron con esto al hospedaje, volvieron a colmarse las mesas de manjares, se llenaron de regocijo los pechos, porque se llenaron las tazas de generosos vinos, que cuando se trasiegan por mar de un cabo a otro se mejoran de manera que no haya néctar que les iguale.

Esta segunda comida se hizo de respecto del príncipe Arnaldo: Contó Periandro al príncipe lo que sucedió en la isla bárbara, con la libertad de Auristela, con todos los sucesos y puntos que hasta aquí se han contado, con que se suspendió Arnaldo y de nuevo se alegraron y admiraron todos los presentes.

Capítulo XVI. Determinan todos salir de la isla siguiendo su viaje.

En esto el patrón del hospedaje dijo: No se diga que me pesa la bonanza que prometen en el mar las señales del cielo, que estos son indicios de serenidad firme y duradera, cosa que ha de obligar a

que me dejen solo tan honrados huéspedes como la fortuna a mi hospedaje ha traído; Mauricio le respondió que el deseo de pronto regreso a sus patrias no les consiente mucho término para regresar y quedó de acuerdo que aquella noche fuesen de la partida de regreso a Inglaterra a quien todos iban encaminados. Se levantó Arnaldo de la mesa y asiendo de la mano a Periandro, le sacó fuera del hospedaje, donde a solas, sin ser oído de nadie, le dijo: No es posible, Periandro amigo mío, sino que tu hermana Auristela te habrá dicho la voluntad que en dos años, que estuvo en poder del rey mi padre le encontró tan ajustada con sus honestos deseos que jamás me salieron palabras a la boca que pudiesen turbar sus castos intentos: reitera su pedido de casamiento con la doncella y le ofrece contenerse en los límites de la honestidad y buen decoro si bien viese consumirse en los ahincos y deseos de la concupiscencia desenfrenada y la esperanza proficua. Periandro con algunas reservas aceptó la propuesta del príncipe, recordó el buen linaje de Auristela y postergó hasta llegar Roma la respuesta definitiva de Auristela. A continuación tranquilizada Auristela por compasión Arnaldo hizo por un capitán que quitaran las cadenas de Rosamunda y Clodio y rechazó modestamente los ofrecimientos de alabanzas de Clodio, como muestra de agradecimiento.

Capítulo XVII. Cuenta Arnaldo el suceso de Taurina.

Con gran deseo estaba Auristela de saber lo que Arnaldo y Periandro pasaron en la plática que tuvieron fuera del hospedaje y guardab a comodidad para preguntárselo a Periandro, para saber de Arnaldo qué se había hecho su doncella Taurina y como si Arnaldo adivinara los pensamientos, le dijo. Las desgracias que has pasado hermosa Auristela, te habrán llevado de la memoria que tenías en obligación de acordarte de ellas, olvidarte de ellas, entre las cuales querría que hubiesen borrado de ella a mi mismo, que con sola la imaginación de pensar que en algún tiempo he estado en ella viviría contento.

Tu hermano Periandro me ha contado muchas de las cosas que después que te robaron de mi reino te han sucedido: unas me

admiraron, otras suspendido y otras espantado y Periandro te habrá contado el concierto que entre los dos hicimos y aunque muchas veces he probado volver a la isla bárbara, los ientos contrarios no me han dejado y ahora volvía con la misma intención y el mismo deseo, el cual me ha cumplido el cielo con bienes de tantas ventajas, de tenerte en mi presencia, alivio universal de mis cuidados. Taurina habrá dos días que la encontré a dos caballeros, amigos míos, en medio de ese mar, que en un poderosos navío iban a Irlanda, a causa de ue Taurisa iba muy mala y muy poca seguridad de la vida; y como este navío en que yo ando, más se puede llamar corsario que de hijo de rey, la entregué para que la llevasen a Irlanda y la entregasen a su príncipe para que la cuidase y curase hasta que yo mismo fuera por ella. Puestos de acuerdo aquella noche Arnaldo, Periandro, Mauricio, Ladislao y los dos capitanes, el del navío inglés, con todos los que salieron de la isla bárbara, entraron en consejo y ordenaron su partida en la forma siguiente.

Capítulo XVIII. Mauricio sabe por la astrología un mal suceso que les avino en el mar.

En la nave donde vinieron Mauricio y Ladilao, los capitanes y soldados que trajeron a Rosamunda y Clodio, se embarcaron todos aquellos que salieron de la mazmorra y prisión de la isla bárbara, y en el navío de Arnadldo se acomodaron Periandro, Auristela, Ricla y Constanza y los dos Antonios, padre e hijo, Ladislao, Mauricio y Transila, sin consentir Arnaldo que se quedasen en tierra Clodio, Rosamunda y Rutilio se acomodó con Arnaldo se hicieron aguas aquella noche, recogiendo y comprando del huésped todos los bastimentos que pudieron y habiendo mirado los puntos más convenientes para su partida dijo Mauricio que si la buena quererte se les esdcapaba de una mala que les amenazaba muy propicua, habría buen suceso en su viaje, y que tal peligro puesto quje era de agua, no habría de suceder si sucediese por borrasca ni tormenta delmar o de tierra sino por una traición mezclada y aún forjada del todo de deshonestos y lascivos deseos. Periandro que siempre

andaba sobresaltado con la compañía de Arnaldo vino a temer si aquella traición habría de ser buscada por el príncipe para alzarse con la hermosa Auristela, pues la había de llevar en su navío, pero se opuso a este mal pensamiento, la generosidad de su ánimo y no quiso creer lo que temía, por parecerle que en los pechos de los valerosos príncipes no deben hallar acogida alguna las traiciones; pero no por esto dejó de pedir y rogar a Mauricio de qué parte podría venir el daño que les amenazaba, Mauricio respondió que no lo sabía, que nadie perdería lva somp eñ sosiego y la quietud porque verían rotos la mitad de sus designios y bien encaminadas esperanzas. Periandro le replicó que entretuviesen algunso días la partida, que quizá con la tardanza del tiempo se mudarían o se templarían los influjos peligrosos de las estrellas. No replicó Mauricio, mejor es arrojarnos en manos de este peligro que no llega a quitar la vida, que intentar otro camino que nos lleve a perderla.

Salió el navío de Arnaldo adornado con ligeras flámulas y panderetas, y de pintados y vistosos gallardees: al zarpar los hierros y tirar las áncoras disparar así la gruesa como la menuda artillería, rompieron los aires los sonos de las chirimías y los de otros instrumentos músicos y alegrías.

Con todo no alzaba la cabeza del pecho la hermosa Auristela, como presagio del mal que había de venir, iba Pensativa: mirábala Periandro y remirábala Arnaldo. Mauricio tornó a mirar con su imaginación las señales de la figura que había levantado y de nuevo confirmó el peligro que les amenazaba pero nunca supo atinar de qué parte les vendría.

Con esta confusión quedó dormido encima de la cubierta de la nave y a poco despertó despavorido diciendo a grandes voces: ¡Traición, traición! desierta príncipe Arnaldo, que los tuyos nos matan. A cuyas voces se levantó Arnaldo, que no dormía, puesto que estaba echado junto a Periandro, en la misma cubierta, dijo: ¿qué has, amigo Mauricio? ¿quién nos ofende o quien nos mata? ¿Todos los del navío no somos amigos? ¿No son todos más vasallos y criados míos? ¿El cielo no está claro y sereno? ¿El mar tranquilo y blando y el bajel sin tocar escollo y bajío, navega?

Comprobado que el navío estaba sano y entero quedó el navío lleno de muy sosegado silencio en el cual Rutilio, que estaba sentado al pie del árbol mayor, convidado por la serenidad de la noche, cantó dulcemente, al son del viento, en su propia lengua toscana, comenzó a cantar.

Quien mejor entendió lo que cantaba Rutilio, fue el bárbaro Antonio, el cual asimismo dijo: bien canta Rutilio ¿acaso es suyo el soneto? no es mal poeta ¿acaso puede ser bueno un oficial?

Pero yo no digo bien, que yo me acuerdo de haber visto en mi patria, España, poetas de todos los oficios.

Mauricio dijo: es posible que un oficial sea poeta porque la poesía no está en las manos sino en el entendimiento; tan capaz es el alma de un sastre para ser poeta como la de un maese de campo

La conversación derivó en recuerdos de brujerías y adivinaciones: intervino finalmente Mauricio quien dijo: que si yo no estuviera enseñado en la verdad católica y me acordara de lo que dice Dios en el Levítico, ni el sueño que a mi me turbó no hay más cierta astrología que la prudencia. Dejemos pasar este día que si él da lugar a que llegue la noche sin sobresaltos, yo pediré y las daré albricias del buen suceso.

Iba el solo a ponerse en los brazos de Tetis y el mar estaba en el mismo sosiego que hasta allí había tenido, soplabla favorable el viento, cuando el prudente Mauricio dijo con voz turbada y alta nos anegamos, nos anegamos sin duda.

Capítulo XIX. Donde se dan cuenta de lo que dos soldados hicieron y la división de Periandro.

A cuyas voces respondió Arnaldo; ¿cómo es esto o gran Mauricio? ¿qué aguas nos sorben o qué mares nos tragan, o qué olas nos embisten?

La respuesta que le dieron a Arnaldo, fue ver salir debajo de la cubierta a un marinero despavorido, echando agua por la boca y por los ojos, diciendo por palabras turbadas y mal compuestas: este navío se ha abierto pñor muchas partes, el mar ha entrado en él tan a rienda suelta que presto lo veréis sobre esta cubierta. Cada

uno atiende su salud y a la conservación de la vida. Acógeese príncipe Arnaldo al esquife o a la barca y lleva contigo las prendas que más estimas, antes que tomen entera posesión de ellas estas amargas aguas. Estancó en esto el navío sin poderse mover, por el esos de las aguas, de quien ya estaba lleno, amainó el piloto las velas de golpe y todos sobresaltados y temerosos, acudieron a buscar el remedio: el príncipe y Periandro fueron al esquife y arrojándose al mar pusieron en él a Aurisela, Trasila, Ricla y la bárbara Constanza, entre las cuales, viendo que no se acordaban de ella, se arrojó Rosamunda y tras ella mandó Arnaldo entrarse Mauricio.

En este tiempo andaban dos soldados descargando la barca que al costado del navío venía asida, y uno de ellos, viendo que el otro quería ser el primero que entrase dentro, sacando un puñal de la cinta, se le envainó en el pecho, diciendo a voces: pues nuestra culpa ha sido fabricada tan sin provecho, esta pena te sirva para ti de vida y para mí de escarmiento. por lo menos para mí el poco tiempo que me queda de vida y diciendo esto sin querer aprovecharse del acogimiento que la barca le ofrecía, inesperadamente se arrojó al mar diciendo a voces con mal articuladas palabras : Arnaldo, la verdad que dice este traidor que en tal punto es bien que lo diga: yo y aquel a quien me viste pasar el pecho, por muchas partes abrimos y taladramos este navío con la intención de gozar de Auristela y Transila, recogiéndo las en el esquife, pero habiendo visto yo mi designio contrario de mi pensamiento, a mi compañero quité la vida y a mí me doy muerte. Y con esta última palabra se dejó ir al fondo de las aguas, que le estorbaron la respiración del aire y le sepultaron en perpetuo silencio.

Todos miraban azorados; aunque todos andaban confusos y ocupados buscando el común peligro algún remedio, no dejó de oír Arnaldo las razones del desesperado y él y Periandro acudieron a la baarca y habiendo antes de que entrasen en ella ordenado que entrase en el esquife Antonio el mozo, acordaron de recoger algún bastimento, él, Ladislao, Antonio el padre, Periandro y Clodio, se entraron en la barca y fueron a abordar con el esquife, que algún

tanto se había apartado del navío, sobre el cual ya pasaban las aguas, y no se parecía del sino el árbol mayor como una señal que allí estaba sepultado.

Se llegó en esto la noche, sin que la barca pudiese alcanzar el esquife desde el cual daba voces Arfuristela llamando a su hermano Periandro, que la respondía, reiterando muchas veces, su para él, dulcísimo nombre. Trasila y Ladislao hacían lo mismo, encontrábanse en los aires de dulcísimo esposo mío y amada esposa mía, donde se rompían sus designios, se deshacían sus esperanzas, con la imposibilidad de no poder juntarse, a causa que la noche, se cubría de oscuridad, y los vientos comenzaron a soplar de partes diferentes; en resolución, la barca se apartó del esquife y como la más ligera y menos cargada voló por donde el viento y el mar quisieron llevarla: el esquife más por la pesadumbre que por la carga que de los que en él iban, se quedó como si apostara la quisieran que no navegara: cuando la noche cerño con más oscuridad que al principio comenzaron a sentir de nuevo la desgracia sucedida, viéronse en la mar no conocida, amenazados de todas las inclemencias del cielo y faltos de la comodidad que les podía ofrecer la tierra, el esquife sin remos, y sin bastimentos y el hambre sólo detenida de la pesadumbre que sintieron.

Mauricio, que había quedado por patrón y por marinero del esquife, ni tenía con, que ni sabía como guiarle, antes según los llantos, gemidos y suspiros de los que él iban podía temer que ellos mismos le anegaran miraba las estrellas aunque no parecían de todo en todo, algunas que entre la oscuridad se mostraban daban indicio de venidera serenidad pero no le mostraban en que parte se habitaba: no consintió el sentimiento del sueño aliviase su angustia, porque se les pasó la noche velando y se vino el día a más andar, como dicen, más para pensar porque en él descubrieron por todas partes el mar cerca y lejos, por ver si topaban los ojos con la barca que les llevaba las almas o algún otro bajel les prometiese ayuda y socorro en la necesidad; pero no descubrieron otra cosa que una isla a mano izquierda, que juntamente los alegró y entristeció : nació la alegría al ver cerca la tierra y la tristeza de la imposibilidad de llegar a ella, si ya el viento no los llevase. Mauricio era el que

má confiaba de la salud de todos por haber hallado que como judicialario había levantado que aquel suceso no amenazaba muerte, sino incomodidades casi mortales. Finalmente el favor de los cielos se mezcló con los vientos, que poco a poco llevaron el esquife a la isla y les dio lugar de tomarle en la tierra en una espaciosa playa no acompañada de gente alguna sino de mucha cantidad de nieve que toda la cubría.

Habiendo salida a cazar algún animal que los alimentara sin saber que Rosamunda le seguía sin él saberlo, la torpe cortesana intentó seducirlo pero fue rechazada ásperamente por el joven quien regresó a la compañía de todos en la costa porque no era posible remediarse en la imposibilidad y soledad de la isla.

Capítulo XX. Del notable caso que sucedió en la isla nevada.

A poco tiempo que pasó del día vieron venir una nave gruesa que les levantó las esperanzas. Dos fuertes mancebos de extremada disposición y brío sacaron por encima de sus hombros una hermosísima doncella tan sin fuerzas, tan desmayada parecía que no le daba lugar para llegar a tocar la tierra: llamaron a voces a los que estaban ya embarcados en esotro esquife y le suplicaron a que se embarcasen a ser testigos de un suceso que era menester que lo hubiese. Auristela llena de sobresalto y temor acudió a ver la desmayada y hermosa doncella y lo mismo hicieron todos los demás

Serían testigo de la muerte en duelo de ambos jóvenes marineros y de la bella doncella ya muerta en quien reconocieron a Taurina; y a todos dieron como católicos, cristiana sepultura. Desconfiaban de los habitantes que eran corsarios, no irlandeses sino rebeldes de Inglaterra.

Capítulo XXI. Salen de la isla nevada en el navío de los corsarios.

Allí estuvieron varios meses antes de continuar su viaje en el navío de los corsarios. De isla en isla entreteniéndose la estancia de

los viajeros con honestas historias hasta que el capitán relató la suya como consta en el próximo capítulo.

Capítulo XXII. Donde el capitán cuenta de las grandes fiestas que acostumbraba hacer en su reino el rey Policarpo.

En una de las islas que están junto a la de Ibernía – contó – me dio el cielo por patria. Es tan grande que toma el nombre de reino, el cual no se hereda ni viene por sucesión de padre a hijo; sus moradores le eligen a beneplácito, procurando siempre que sea el más virtuoso y el mejor hombre que en él se hallare y sin intervenir por medio de ruegos o negociaciones de común acuerdo de todos sale el rey y toma el cetro absoluto del mando que dura toda la vida.

Esta costumbre, a mi parecer justa y santa, puso el cetro del reino en las manos de Policarpo, varón insigne y famoso, así en las armas como en las letras, el cual tenía cuando vino ser rey, dos hijas de extremada belleza, la mayor llamada Policarpo, y la menor Sinfrosa, que no tenían madre, que no les hizo falta cuando murió, sino en la compañía, que por sus virtudes y buenas costumbres, eran ayas de sí mismas, dando maravilloso ejemplo a todo el reino; con estas buena partes, así ellas como el padre, se hacían amables, se estimaban de todos. Los reyes, por parecerles que la melancolía de los vasallos, suele despertar malos pensamientos, procuran tener alegre el pueblo, entretenido con fiestas públicas, a veces con ordinarias comedias; principalmente solemnizaban el día que asumieron el reino, con hacer que se renovasen los juegos, que los gentiles llamaban olímpicos, en el mejor modo que podían: señalaban premio a los corredores, honraban a los diestros, coronaban a los tiradores y subían al cielo de la alabanza a los que derribaban a otros en la tierra.

Hacíase este espectáculo en una espaciosa playa, a quien quitaban el sol infinita cantidad de ramos entretejidos, que la dejaban en la sombra: ponían en la mitad un suntuoso teatro en el cual sentado

el rey y la familia real miraban los apacibles juegos: se llegó un día de estos y procuró Policarpo aventajarse en magnificencia y

agudeza en solemnizarle en sobre todos cuanto hasta allí habían hecho y cuando ya el teatro estaba ocupado por su persona y con los mejores del reino, asistió al triunfo de Periandro, que con su apostura enamoró a Sinforosa.

Capítulo XXIII. De lo que sucedió a la celosa Auristela cuando supo que su hermano Periandro era el quien había ganado los premios del certamen.

Mauricio reprochó a la celosa Auristela: Calla, hija Auristela que en ninguna otras acciones de la naturaleza se ven mayores milagros y más continuos que en las del amor. Ya sabes tú, señora, y se yo muy bien la gentileza, la gallardía y el valor de tu hermano Periandro cuyas partes forman un compuesto de singular hermosura y es privilegio de la hermosura rendir las voluntades, atraer los corazones de aquellos que conocen.

Deja el autor en este punto el primer libro de esta gran historia y pasa al segundo donde se contarán cosas que aunque no pasan de la verdad, sobrepujan a la imaginación porque apenas pueden caber en la más sutil y dilatada de los acontecimientos.

LIBRO SEGUNDO.

Capítulo primero. Donde se da cuenta como el navío se volcó con todos los que dentro de él iban.

Parece ser que el autor de esta historia sabía más de enamoramiento que de historiador la entrada del segundo libro porque casi este primer capítulo de la entrada del segundo libro le gasta todo en una definición de celos. Ocasionados de los que demostró tener Auristela por lo que le contó el capitán del navío

Fue que cambiando el viento y enmarañándose las nubes, cerró la noche oscura y tenebrosa, se comenzaron a turbar los marineros y deslumbrar la vista de todos los del buque, y comenzó la urraca con tanta furia que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros, Mauricio se abrazó con su hija Transila, Antonio con Ricla, y con Constanza su madre y hermana, sólo Auristela se

quedó sin amor, sino su congoja que era la de la muerte, a quien ella de buena gana se entregara, ayudados por los de la ciudad salvaron sus vidas providencialmente.

Capítulo II. Donde se cuenta un extraño suceso.

Auristela arrimada al hombro de Sinforosa fue llevada al lecho causando tales temores en Periandro y Arnaldo que también como ella tuvieron necesidad de los médicos.

Capítulo III. Sinforosa cuenta sus amores a Auristela.

Apenas supo Policarpo de la indisposición de Auristela, mandó llamar sus médicos y Sinforosa le ofreció su compañía y le dijo su enfermedad no era del cuerpo sino del alma, enamorada como estaba de Periandro.

Capítulo IV. Donde prosigue la historia y amores de Sinforosa.

Capítulo V. De lo que pasó entre el rey Policarpo y su hija Sinforosa.

Capítulo VI. Declara Sinforosa a Auristela los amores de su padre.

Capítulo VII. Donde el conde Rutilio enamorado de Policarpo y Clodio de Auristela escriben declarándoles sus amores. Rutilio conoce ser atrevimiento y rompe su papel, sin darle; pero Clodio determina dar el suyo.

Capítulo VIII. De lo que pasó entre Sinforosa y Auristela. Resuelven todos los forasteros salir luego de la isla.

Capítulo IX. Da Clodio el papel a Auristela. Antonio el bárbaro le mata por yerro. De la enfermedad que sobrevino a Antonio, el mozo.

Clodio tuvo el atrevimiento de poner en manos de Auristela su desvergonzado papel diciéndole que eran unos versos devotos dignos de ser estimados y leídos; esta por curiosidad los leyó y luego mirando a Clodio en los ojos le dijo: quitateme de elante hombre desvergonzado que si la culpa de este atrevido disparate entendiera de que había nacido de algún descuido mío menoscabara mi crédito y mi honra en mí misma castigaré tu atrevimiento, si ya en tu locura y mi paciencia no se pone a tenerte lástima; atónito Clodio sin replicar palabra bajó los ojos, se volvió de espaldas y dejó sola a Auristela: sucedió en aquel tiempo que estando solo Antonio, el joven en su aposento entró en él, a deshora una mujer de unos cuarenta años, vestida al uso de España y aunque Antonio no conocía de los usos sino los que había visto en su isla bárbara, se levantó, conociéndola extranjera, a recibirla cortésmente, porque no era tan bárbaro que no fuese bien criado. Sentáronse y la dama mirando el rostro de Antonio no soy un monstruo, mi nombre es Zenotia, natural de España, criada en Alhama ciudad del reino de Granada, salí de mi patria habrá cuatro años, huyendo de la vigilancia que tienen los mastines veladores del católico rebaño, mi estirpe es agarena, mis ejercicios los de Zoroastro y en ellos soy única.

A todo esto que la espala Zenotia decía miraba Antonio con gran deseo saber que le querría en suma manifestar, pero Zenotia continuó diciendo: Te digo bárbaro discreto que la persecución de los que llaman inquisidores en España me arrancó de mi patria: vine a esta isla por extraños rodeos, perseguida y acosada, dime presto a conocer al rey antecesor de Policarpo, hice alguna maravillas, con que dejé maravillado al pueblo, procuré hacer vendible mi ciencia en mi provecho, tengo juntos treinta mil escudos que te ofrezco, no te pido que seas mi esposo, sino que me recibas por tu esclava. Diciendo esto se levantó para ir a abrazarle.

Lleno de confusión Antonio, como si enemigos combatieran el castillo de su honestidad dirigió una flecha que al desviar su cuerpo la impetuosa enamorada y al entrar en es instante por la puerta de la estancia el maldiciente Clodio pasó por su boca y lengua y le dejó en perpetuo silencio.

Zenotia, llena de confusión y miedo salió de allí con intención de engarse del cruel y desenamorado mozo.

Capítulo X. De la enfermedad que sobrevino a Antonio el mozo.

Capítulo XI. Cuenta Periandro el suceso de su viaje.

Capítulo XII. De cómo Zenotia deshizo los hechizos para que sanase Antonio el mozo; pero aconsejó al rey Policarpo no deje salir de su reino a Arnaldo y los demás de su compañía.

Capitulo XIII. Prosigue Periandro su agradable historia y el robo de Auristela.

Capitulo XIV. Da cuenta Periandro de un notable caso que sucedió en el mar.

Capitulo XV. Refiere lo que pasó con Sulpicio, sobrina de Cratilo rey de Lituania.

Capitulo XVI. Prosigue Periandro sus acaecimientos y cuenta un extraño sueño.

Capitulo XVII. Prosigue Periandro su historia.

Capitulo XVIII. Traición de Policarpo por consejo de Zenotia. Quítanle a él su reino sus vasallos y a ella la vida. Salen de la isla sus huéspedes, y van a parar a la isla de las Ermitas

Capitulo XIX. Del buen acogimiento que hallan en la isla de las Ermitas.

Capitulo XX. Cuenta Renato la ocasión que tuvo para irse a la isla de las Ermitas.

Capítulo XXI. Cuenta que le sucedió al caballo tan estimado de Catilo, como famoso.

Capítulo XXII. Llega Sinibaldo hermano de Renato, con noticias favorables de Francia.

Trata de volver a aquel reino con Renato y Eusebia. Llevan en su navío a Arnaldo, Mauricio, Transila y Ladislao. En el otro se embarcan para España Periandro, Auristela, los dos Antonios, Ricla y Constanza y Rutilio se queda allí por ermitaño.

LIBRO TERCERO.

Capítulo primero. Llegan a Portugal, desembarcan en Belén, pasan por tierra a Lisboa, donde al cabo de diez días salen en traje de peregrinos.

Como están nuestras almas siempre en continuo movimiento y no pueden para ni sosegar sino en su centro, que es Dios, para quien fueron creadas, no es maravilla que nuestros pensamientos se muden, que este se tome, aquel se deje, uno no se prosiga y otro se olvide, y el que más cerca anduviere de su sosiego, ese será el mejor cuando no se mezcle con error de entendimiento. Esto se ha dicho en disculpa de la ligereza que mostró Arnaldo en dejar en un punto el deseo que tanto tiempo había mostrado, de servir a Auristela: pero no se puede decir que lo dejó, sino que le entretuvo, en tanto en que la honra, que sobrepuja al de todas las acciones humanas, se apoderó de su alma, el cual deseo le declaró Arnaldo a Periandro la noche antes de la patida, hablándole aparte en la isla de las ermitas, le rogó que mirase a su hermana, que la guardase para reina de Dinamarca.

Ninguna de esas razones dijo Periandro a Auristela porque las alabanzas que se dan a la persona amada las ha de decir el amante como propias.

Contentísima estaba Auristela de ver que se le acercaba la hora de pisar tierra firme, sin andar de puerto en puerto y de isla en isla; supieron que eran extranjeros que iban peregrinando a Roma, quiso que desembarcaran en Belén Auristela, porque enamorada y devota

de la fama de aquel santo monasterio, visitarle primero y adorar en él al verdadero Dios, libre y desembarazadamente sin las torcidas ceremonias de su tierra.

Satisfizo Periandro espléndidamente a los marineros que los habían traído con el oro que Ricla sacó de la isla bárbara, ya vuelto en moneda corriente en la isla de Policarpo lo marineros quisieron llegar a Lisboa para canjearlo por alguna mercancía.

Ya salía de Belén el nuevo escuadrón de la nueva hermosura, diez días estuvieron en Lisboa visitaron templos y encaminar sus almas por la derecha senda de su salvación. y al cabo de ellas con licencia de las autoridades se pusieron en camino de Castilla.

Capítulo II. Empiezan los peregrinos su viaje por España: sucedense nuevos y extraños casos.

Pedían los tiernos años de Auristela y los más tiernos de Constanza, con los entreverados de Ricla coches, estruendo y aparato para el largo viaje en que se ponían, pero la devoción de Auristela, que había prometido ir a pie hasta Roma, desde la parte donde llegase a tierra firme, llevó tras si las demás devociones y todos de un parecer así varones como henbras votaron el viaje a pie añadiendo, si fuese necesario, mendigar de puerta en puerta: con esto cerró la cruz de diamantes que Auristela traía, guardándola con las inestimables perlas para mejor ocasión; solamente compraron un bagaje que llevase las cargas que no pudieran sufrir las espaldas, se acomodaron de bordones y salieron de Lisboa.

De esta manera acomodándose de sufrir el traajo de hasta dos o tres leguas de camino llegaron a Badajoz acertaron a alojarse en un mesón que alojaba una compañía de famosos ejercitantes los cuales esa misma noche habían de dar una muestra para alcanzar la licencia de representar en público, en caasa del corregidorf; pero apenas vieron el rostro de Auristela y de Constanza les sobresaltó l que sdolía sobresaltar a todos aquellosqueprimeramene las veían. que era admiración y espant: peo ninguno puso tan en punto el maravillarse como fue el ingenio de un poeta que de propósito con los recitantes venía para enmendar y remendar comedias viejas como parahacerlas de nuevo, ejercicio más ingeniso que honrado y

más de trabajo ue de rovecho; pero la esencia de la oesía estan limpia como el agua clara que a todo lo no limpio aprovecha : es como el sol que pasa sore todos la cosas inmundas sin que le peue nada; es habilidad que tanto vale cuanto se estima : es un rayo que suel salir de donde está encerrado, no abrasando sino alumbrando, fue el que más admiró la belleza de Auristela y al momento la marcó en su imaginación, la invistió de la majestad de reina y en todas la presentó grave, alegre, discreta, aguda y sobremanera honesta, extremos que se acomodan mal en una farsaza hermosa.

Aquella noche fueron a dar muestra en casa del corregidor el cual como hubiese sabido que la hermosa junta peregrina estaba en la ciudad los envió a buscar y a convidar que viniesen a su casa a ver la comedia y a recibir en ella la muestra del deseo que tenía de servirles

Allí estuvieron tres días y partidos de Badajoz caminaron a Nuestra Señora de Guadalupe y habiendo andado tres días y en ellos cinco leguas les tomó la noche en un monte poblado de infinitas encinas y otros rústicos árboles.

Apenas habían entrado por el bosque unos doscientos pasos se hizo noche cerrada y tanta oscuridad los detuvo y les hizo mirar atentamente la lumbre de los boyeros porque su resplandor les sirviese de norte para no errar el camino. Llegó en esto un hombre a caballo, cuyo rostro no vieron el cual dijo ¿Sóis de esta tierra buenos gente? No por cierto respondió Periandro sino de bien lejos de ella: peregrinos extranjeros somos que vamos a Roma y primero a Guadalupe. Sí que también dijo el de a caballo en las extranjeras tierras caridad y cortesía y también hay almas compasivas donde quiera. ¿Pues no? Respondió Antonio: mirad señor quien quiera que seáis habréis menester algo de nosotros y veréis como sale verdad vuestra imaginación. Tomad pues dijo el caballero tomad señores esta cadena de oro que debe valer doscientos escudos y tomad asimismo esa prenda que no debe tener precio, al menos yo no se lo hallo, y darle héis en la ciudad de Trujillo a uno de dos caballeros que en ella y en todos el mundo son bien conocidos llámase el uno don francisco Pizarro y el otro don Juan de Orellana, ambos mozos, ambos libres y ambos ricos yen extremo generosos y

en esto puso en las manos de Ricla, como mujer compasiva se adelantó a tomarlo, una criatura que ya comenzaba a llorar, envuelta, ni se supo entonces, si en ricos o en pobres paños; y direis a cualquiera de ellos, que la guarden., que presto sabrán quien es y las desdichas que a ser dichoso le habrán llevado si llega a su presencia: y perdonadme, que mis enemigos me siguen, los cuales si aquí llearen y preguntaren si me habeis visto, direis que no, pues os importa poco el decir estos o si ya os pareciere mejror que por aquí pasaron tres o cuatro hombres a caballo queje iban diciendo: a Portugal. s Portugal, y adios quedad, que no puedo detenrme queje puesto que el medio pone espuelas se apartó como un rayo de ellos, pero casi al msimos tiempo volvió el caballero y dijo: no está bautizado y tornó a seguir su camino. Véis aquíá nuestros peregrinos, a Ricla con la criatura en los brazos, a Periandro con la cadena al cuello, a Antonio el mozo, sin dejar de tener flechado el arco, y al padre en postura de desenvainar el estoque que de bordón le servaía y a Auristella confusa y atónita del extraño suceso, y a todos juntos admirados del extraño acontecimiento, cuya salida fue por entonces que aconsejo Aueristela, que como mejor pudiesen llegar a la majada de los boyeros, donde podría ser llegase los remedios para susentar a la recién nacida criatura. Hizose así y apenas llegaron a la maja de los pastores, a costa de muchos tropiezos y caídas, cuanto antes los peregrinos les preguntaron si eran servidos de darles alojamiento aquella noche, Illegó a la majada una mujer. llorando triste, pero no reciamente, que se esforzaba a no dejar salir la voz del pecho, venía medio desnuda, pero las ropas que la cubrían eran de rica y principal persona y la luz y la lumbre de las hogueras, a pesar de la diligencia de encubrirse el rostro, la descubrieron y vieron ser tan hermosa como niña, puesto que Ricla que sabía más de edades, la juzgó de dieciséis a diecisiete años, le preguntaron los pastores si la seguía alguien o si tenía otra necesidad que pidiese presto remedio: a lo que respondió la dolorosa muchacha: lo p primero señores, que debeis hacer es ponerme debajo de la tierra, es decir que me cubrais de modo que no me halle quien me buscare; lo segundo que me deis algún sustento porque desmayos me están acabando la vida.

Nuestra diligencia dijo un pastor viejo mostrará que tenemos caridad y aguzando con presteza el hueco de un árbol que en una valiente encina se hacía puso en el algunas pieles blandas de ovejas y de cabras que entre el ganado mayor se criaban; hizo un modo de lecho, bastante por entonces pareo suplir la necesidad aquella necesidad precisa: tomó luego a la mujer en los brazos y encerrola en el hueco donde le dio lo que pudo, que fueron sopas de leche y le dieron vino a ella si ella quisiese beberlo, colgó luego delante del hueco otras pieles para enjugarse; Riela viendo hecho esto habiendo conjeturado que aquella debía ser la madre de la criatura ue ella tenía se llegó al pastor caritativo diciéndole: no pongáis buen señor término a vuestra caridad y úsala con esta criatura que tengo en los brazos antes que perezca de hambre y en breves razones le contó como se la habían dado: le respondió el pastor a la intención y no a sus razones, llamando a uno de los demás pastores a quien mandó que tomando aquella criatura la llevara al aprisco de las cabras e hiciese de modo que de alguna de ellas tomase el pecho; apenas hubo hecho esto y apenas que se oían los últimos acentos de llanto de la criatura llegaron a la majada un tropel de hombres a caballo preguntando por la mujer desmayada y por el caballero de la criatura, pero como no les dieron nuevas ni noticias de lo que pedían, pasaron con extraña prisa delante, de que no poco se alegraron sus remediadores, y aquella noche pasaron con comodidad que los peregrinos pensaron y con más alegría los ganaderos, por verse tan acompañados.

Capítulo III. La doncella encerrada en el árbol da razón de quien era.

La oscuridad de las nubes se puso en los ojos de los que preguntaron por la prisionera del árbol, pero el compaivo pastor, que era el mayoral del hatu ninguna cosa pudo turbar que dejase de acudir a proveer lo necesario a sus huéspedes; la criatura tomó los pechos de la cabra, encerrada en el rústico sustento y los peregrinos el nuevo y agradable hospedaje; quisieron todos saber luego qué causas habían raído a la lastimada fugitiva y la desamparada

criatura, pero fue parecer de Auristela que no le preguntasen nada hasta el venidero día

Respondiendo, cuando llegó el día, a muchos ruegos y preguntas la mujer encerrada en la encina, cortésmente comenzó a decir:

Puesto señores que en lo que quiero deciros tengo que descubrir faltas que me han de hacer perder el crédito de honrada, mi nombre es Feliciano de la Voz. Mi patria, una villa no lejos de ese lugar, mis padres que son nobles mucho más que ricos y mi hermosura en tanto que no ha estado tan marchita como ahora ha sido de algunos estimada y celebrada. Junto a la villa que medio el cielo por patria, vivía un hidalgo riquísimo cuyo trato y muchas virtudes le hacían ser caballero en la opinión de las gentes; éste tiene un hijo, que desde ahora muestra ser heredero de las virtudes de su padre; en la aldea vivía asimismo un caballero con otros hijo, más nobles ue ricos, en una honrada medianía que no los humillaba ni los ensoberbecía: con este segundo mancebo noble ordenaron mi padre y dos hermanos que tengo a espaldas de los ruegos con que me pedía por esposa el rico hidalgo; pero yo a quien los cielos guardaban para esta desventura en que me veo y para otras en que pienso verme, me dio por esposo al rico y yo me entregué por suya a hurto de mi padre y mis hermanos, que madre no la tengo por mayor desgracia mí. Nos vimos muchas veces solos y juntos para que semejantes casos nunca la ocasión vuelve las espaldas antes en la mitad de las imposibilidades ofrece la guedeja.

De estas juntas y estos hurtos amorosos se acertó mi vestido y creció mi infamia, s se puede llamar infamia la conversación de los desposados amantes: en este tiempo sin hacerme sabedora concertaron mis padres y hermanos de casarme con el mozo noble, con tanto deseo de efectuarlo que de noche le trajeron a casa acompañados de cercanos parientes suyos con el propósito que luego nos diésemos las manos: me sobresalté cuando ví entrar a Luis Antonio, que este es el nombre del mancebo noble, y más me admiré cuando mi padre me dijo que entrara en mi aposento y me aderezase algo más de lo ordinario, porque en aquel punto había de dar la mano de esposo a Luis Antonio; dos días había que había entrado en los términos que la naturaleza pide en los partos y en el

sobresalto y no esperada nueva quedé como muerta y diciendo entrada a aderezarme a mi aposento, me arrojé a los brazos de mi doncella, depositaria de mis secretos: ¡ay Leonora mía, y como creo que es llegado el fin de mis días! Antonio está en la antesala esperando que yo salga a darle la mano de esposa, mira si es este trance riguroso y la más apretada ocasión que pueda verse una mujer desdichada y diciendo esto y dando un gran suspiro arrojé una criatura al suelo cuyo nunca visto caso suspendió a mi doncella y a mi me cegó el discurso de manera que sin saber qué hacer estuve esperando que mi padre o mis hermanos entrasen y en lugar de sacarme a desposar me sacasen a la sepultura.

Capítulo IV. Quiere Feliciano acompañarlos en su peregrinación: llegan a Guadalupe habiéndoles acontecido en el camino un notable peligro.

Capítulo V. Tiene fin en Guadalupe la desgracia de Feliciano y se vuelve contenta a la casa de su esposo, padre y hermano.

Capítulo VI. Prosiguen su viaje: encuentran una vieja peregrina y un polaco que les cuenta su vida.

Capítulo VII. Donde el polaco da fin a la narración de su historia.

Capítulo VIII. Los peregrinos llegaron a la villa de Ocaña, y el agradable suceso que les avino en el camino.

Capítulo IX.

Llegan al quintanar de la orden, donde sucede un notable caso. Halla Antonio el bárbaro a sus padres: quédanse con ellos él y Riela su mujer, pero Antonio el mozo y Costanza prosiguen su peregrinación en compañía de Periandro y Auristela.

Capítulo X. De lo que pasó con unos cautivos que encontraron.

Capítulo XI. De lo que pasó en un poblado de moriscos.

Capítulo XII. En que se refiere un extraordinario suceso.

Capítulo XII. Entraron en Francia y dáse cuenta de lo que les sucedió con un criado del duque de Nemura.

Capítulo XIV. De los nuevos y nunca vistos tigres que se vieron.

Capítulo XV. Sanan de sus heridas Periandro y Antonio y prosiguen su viaje en compañía de tres damas francesas. Libra Antonio de un gran peligro a Feliz Flora.

Capítulo XVI. De cómo encontraron con Luisa, la mujer del polaco: y los que les contó un escudero de la condesa Ruperto.

Capítulo XVII. Del dichoso fin que tuvo el rencor de la condesa Ruperto.

Capítulo XVIII. Incendio del mesón: saca a todos un judicario llamado Soldino: llévalos a una cueva donde les pronostica felices sucesos.

Capítulo XIX.

Salen de la cueva de Soldino; prosiguen su jornada pasando por Milán y llegan a Luca.

Capítulo XX. De lo que contó Isabela Castrucho de haberse fingido endemoniada por los amores de Andrea Marulo.

Capítulo XXI. Llega Andrea Marulo: descúbrese la ficción de Isabela, y quedan casados.

LIBRO CUARTO.

Capítulo Primero. Dáse cuenta del razonamiento que pasó entre Periandro y Auristela.

Capítulo II. Llegan a las cercanías de Roma y en un bosque encuentran a Arnaldo y al duque de Nemura heridos en un desafío.

Capítulo III. Entran en Roma y alójense en casa de un judío llamado Mananés.

Capítulo IV. Lo que pasó entre Arnaldo y Periandro, y entre el duque de Nemura y Croriano.

Capítulo V. De cómo por medio de Croriano fueron libres Batolomé y la talaverana que estaban sentenciados a muerte.

Capítulo VI. Contienda entre Arnaldo y el duque de Nemura, sobre la compra de un retrato de Auristela.

Capítulo VII. De un extraño caso y notable peligro que se vio Periandro por malicia de una dama cortesana.

Capítulo VIII. Da cuenta Arnaldo de que había sucedido desde que se apartó de Periandro y Auristela en la isla de las Ermitas.

Capítulo IX. En que se cuenta la enfermedad de Auristela por los hechizos de la judía, mujer de Zabolón.

Capítulo X. Cobra Auristela la salud, por haber la judía deshecho los hechizos, y propone a Periandro el intento de casarse.

Capítulo XI.

Sale Periandro despedido por la proposición de Auristela.

REVELACIÓN, DESENLAZADO.

Capítulo XII. Donde se dice quienes eran Periandro y Auristela.

Parece que el bien y el mal distan tan poco el uno del otro, que son como ideas concurrentes, que aunque parten de apartados y diferentes principios, acaban en un punto.

Sollozaba Periandro junto a un arroyuelo y la noche clara enjugaba sus lágrimas cuando oyó una plática en la lengua de Noruega a pesar de estar tan distante de ella. No distinguía a los interlocutores y la primera razón que llegó a su oído fue el nombre de la isla Tile a quien Virgilio llamó Tule en el primer libro de las Geórgicas: Tule en griego es lo mismo que Tile en latín y se encuentra en la última parte de Noruega casi debajo del polo ártico y es la última de este mundo. Es tan grande o poco menos que Inglaterra, rica y abundante de todas las cosas necesarias para la vida humana. Como a trescientas millas de Tile está Islandia. De Tile, que es tan grande que tiene nombre de reino, es rey y señor Maximino, heredero del reino, hijo de la reina Eustoquia, cuyo padre no ha muchos meses pasó de esta a mejor vida, el cual dejó dos hijos, uno que es Maximino, heredero del trono y el otro un generoso mozo, llamado Pericles, que es el menor, querido de su madre.

Esto escuchaba Periandro y luego cayó en la cuenta que el que lo alaba no podía ser otro que Seráfido, un ayo suyo y quien le escuchaba era Rutilio, según la voz y las palabras que de cuando en cuando respondía, y oyó que dijo: Eusebia, reina de Frislandia, tenía dos hijas de extremada hermosura, principalmene la mayor, llamada Segismundo; que la menor se llamaba Eusebia, como su madre, donde la naturaleza cifró toda la hermosura, que por todas las partes de la tierra tiene repartida, la cual no se yho qué distinto, ocasión de que la querían hacer guerra ciertos enemigos suyos, la envió a Tile en poder de Eustaquia para que seguramene y sin los sobresaltos de la guerra, en su casa se criase, puesto que para mí tengo que no fue esta la ocasión principal de enviarla, sino para que el príncipe Maximino se enamorase de ella y la recibiese como esposa; que de las extremadas bellezas se puede esperar que vuelvan en cera los corazones de mármol, y junten en uno los extremos que entre sí están más apartados: lo menos si esta sospecha no es verdadera, no me la podrá averiguar la experiencia, porque se que el príncipe Maximino muere por Sigismunda, la cual a la sazón que llegó a Tile, no estaba en la isla Maximino, para quien su madre la reina envió el retrato de la doncella y la

embajada de su madre; y él respondió que la regalasen y la guardasen para su esposa. Respuesta que sirvió de flecha para que atravesase las entrañas de mi hijo Pericles, que este nombre adquirió la crianza que le hice; desde que la oyó no supo oír cosas de su gusto; perdió los bríos de la juventud, y finalmente se encerró en el honesto silencio de todas las acciones que le hacían memorable y querido de todos y sobre todo vino a perder la salud y entregase a los brazos de la desesperación de ella; visitáronle los médicos que, como no sabían la causa de su mal, no acertaban con el remedio, que como no muestran los pulsos el dolor de las almas, es dificultoso y casi imposible entender la enfermedad que en ella asiste: su madre viendo morir a su hijo sin saber quien le mataba, una y muchas veces le preguntó que descubriese su dolencia, puesto ser posible sino que él supiese la causa, pues sentía los efectos: tanto pudieron esas persuasiones, tanto las solicitudes de su doliente madre, que vencida su pertinacia o la firmeza de Pericles, le vino a decir como él moría por Sigismunda y que tenía determinado de dejarse morir antes que ir contra el decoro que a su hermano le debía, cuya declaración suscitó en la reina su muerte alegría, y dio esperanzas a Persiles de remediarle, si bien se atropellase el gusto de Maximino, pues conservar la vida mayores respetos se han de posponer que el enojo de un hermano; finalmente Eustoquia habló a Sigimunda encareciéndole lo que se perdía en perder la vida Pericles. Sujeto donde todas las gracias del mundo tenían su asiento, bien al revés de Maximino, a quien la aspereza de sus costumbres en algún modo le hacían aborrecible; levantó a Pericles en más testimonios de los que debiera. Sigismunda, muchacha sola y persuadida respondió que ella no tenía voluntad alguna ni otra consejera, Abrazola la reina y contó su respuesta a Pericles y los dos jóvenes concertaron que antes que su hermano viniera, ellos abandonarían la isla. A quien Sigismunda daría como disculpa, cuando no la hallase que había hecho voto de venir a Roma a enterarse en ella de la fe católica, que en aquellas tierras septentrionales estaba algo de quiebra, jurándole primero Pericles que en ninguna manera iría en hecho o derecho contra su honestidad, y así colmándoles de de joyas y de consejos los

despidió la reina la cual, me contó después lo que hasta aquí he contado.

Dos años, poco más, tardó en venir el príncipe Maximino a su reino, porque anduvo ocupado en la guerra que siempre tenía con sus enemigos; preguntó por Sigismunda y el no hallarla fue hallar su desasosiego: supo aquí su viaje y al momento partió en su busca, bien confiado de la bondad de su hermano, pero temeroso de los recelos que por maravilla se apartan de los amantes. Como su madre y supo la determinación lo llamó aparte y se encargó de la salud, de la ida y de la honra de su hijo y me mandó se adelantase a buscarle y darle noticia de que su hermano lo buscaba.

Partió Maximino en dos gruesísimas naves y entrando por el estrecho hercúleo, con diferentes tiempos y adversas borrascas llegó a la isla de Inacria y desde allí a la ciudad de Parténope y ahora no queda lejos de un lugar llamado Terrahchina último de los de Nápoles y primero de los de Roma: queda enfermo, porque le ha cogido esto que se llama mutación que le tiene a punto de muerte : yo desde Lisboa donde me desembarqué traigo noticia de Persiles y Sigismunda, porque no pueden ser otros una peregrina y un peregrino, de quien la fama viene pregonando tan grande estruendo de hermosura, que si son Persiles y Sigismunda deben ser ángeles humanados.

Si como los nombras, respondió el que escuchaba a Seráfido Pericles y Sigismunda, los nombraras Periandro y Auristela, pudiera darte nueva certísima de ellos porque ha muchos días que los conozco en cuya compañía he pasado muchos trabajos y luego le comenzó a contar los de las islas bárbaras con otros algunos. En tanto se venía el día y en tanto Periandro porque allí no le hallasen, los dejó solos y volvió a buscar a Auristela, para contar la venida de su hermano y tomar consejo de lo que debían de hacer para huir de su indignación, teniendo a milagro haber sido informado en tan remoto lugar de aquel caso y así lleno de nuevos pensamientos volvió sus ojos de su contrita Auristela y a las esperanzas casi perdidas de alcanzar su deseo.

Capítulo XIII. Vuelve Periandro a Roma con la noticia de venir su hermano Maximino: llega también Seráfido, su ayo, en compañía de Rutilio.

Capítulo XIV. Llega Maximino enfermo de la mutación: muere dejando casados a Periandro y Auristela, conocidos ya por Persiles y Sigismunda.

Es tan poca la seguridad con que se gozan los humanos gozos, que nadie puede prometer en ellos un mínimo punto de firmeza. Auristela arrepentida de haber declarado su pensamiento a Periandro, volvió a buscarle alegre por pensar en que su mano y su arrepentimiento estaba el volver a la parte que quisiese la voluntad de Periandro, porque se imaginaba ser ella el clavo de la rueda de su fortuna y la esfera del movimiento de sus deseos, y no estaba engañada, pues ya los traía Periandro en disposición de salir de los de Auristela: pero mirad los engaños de la variable fortuna. Auristela en tan pequeño instante como se ha visto, ve otra de lo que antes viera, pensaba reír y está llorando, pensaba vivir y ya se muere, creía gozar de la vista de Periandro, y ofrécese a los ojos la del príncipe Maximino su hermano, que con muchos coches y gran acompañamiento entraba en Roma por aquel camino de Terrachina, y llevándole la vista el escuadrón de gente que rodeaba al herido Periandro, llegó su coche a verlo y salió a recibirle Seráfido diciéndole: Oh príncipe Maximino que malas albricias esperado de las nuevas que acabo de darte: este herido que ves en los brazos de esta hermosa doncella, es tu hermano Persiles y ella es la sin para Sigismunda hallada de tu diligencia a tiempo tan áspero y en sazón tan rigurosa, que le han quitado la ocasión de regalarlos y te han puesto en el de llevarlos a la sepultura. No irán solos, respondió Maximino, que yo les haré compañía, según vengo, y sacando la cabeza fuera del coche, conoció a su hermano, aunque distinto y lleno de sangre de la herida, conoció asimismo a Sigismunda por entre la pérdida de color de su rostro, porque el sobresalto que le cortó sus dolores, no le afeó sus facciones; hermosa era Sigismunda antes de su desgracia, pero hermosísima

estaba después de haber caído en ella, que tal vez los accidentes del dolor suelen acrecentar la belleza.

Se dejó caer del coche sobre los brazos de Sigismunda, ya no Auristela, sino la reina de Frislanda, y en su imaginación también reina de Tile, que estas mudanzas tan extrañas caen bajo el poder de aquella que comúnmente es llamada fortuna, que no es otra cosa sino un firme disponer del cielo. Habíase partido Maximino con intención de llegar a Roma, a curarse con mejores médicos que los de Terrachina, los cuales pronosticaron que en Roma entrase le había de saltar la muerte, en estos más verdaderos y experimentados en saber curarle; verdad es que el mal que causa la mutación pocos lo saben curar; en efecto frontero de San Pablo, en mitad de la campaña rsas, la fea muerte salió al encuentro al gallardo Persiles y le derribó en tierra y enterró a Maximino, el cual viéndose en punto de muerte, con la mano derecha asió la izquierda de su hermano y la llegó a sus ojos y con su izquierda le asió de la derecha y se la juntó con la de Sigismunda y con voz turbada y aliento mortal y cansado, dijo: *«de vuestra honestidad, verdaderos hijos y hermanos míos, creo que entre vosotros está por saber esto: aprieta ¡oh hermano! Aprieta estos párpados y ciérrame estos ojos en perpetuo sueño y con esta propia mano aprieta la de Sigismunda sellad con el si quiero que des de su esposo y sean testigos de ese casamiento la sangre que estás derramando y los amigos que te rodean; el reino de tus padres, te queda, el de Sigismunda heredas; procura tener salud y gócelos Años infinitos»*

Estas palabras tan tiernas, tan alegres y tan tristes avivaron los espíritus de Persiles y obedeciendo al mandamiento de su hermano, apretándole la muerte, con la mano le cerró los ojos, y con la lengua entre triste y alegre pronunció el sí y le dio de ser su esposo a Sigismunda: hizo el sentimiento de la improvisa y dolorosa muerte en los presentes hizo su efecto y comenzaron a ocupara los suspiros el aire y a regar las lágrimas el suelo. Recogieron el cuerpo muerto de Maximino y llevárosle a San Pablo, y el medio vivo de Persiles en el cochel muerto le volvieron a curar a Roma, donde no hallaron a Belarminia ni a Deleasir que se habían ido a Francia con el duque.

Mucho sintió Arnaldo el nuevo y extraño casamiento de Sigismunda: muchísimo le pesó de que se hubieran malogrado tantos años de servicio, buenas obras hechas, en orden de gozar pacífico de su sin igual belleza y lo más que le tarazaba el alma. Eran las no creída razones del maldiciente Clodio, de quien él, a su despecho, hacía tan manifiesta prueba; confuso, atónito, espantado estuvo a punto por irse sin hablar palabra a Persiles y Sigismunda, más considerado ser reyes y la disculpa que tenían, y que sólo esta ventura estaba guardada para él, determinó ira verles, y así lo hizo: fue muy bien recibido y para que no pudiese estar quejoso, le ofrecieron a la infanta Eusebia, para su esposa, hermana de Sigismunda, a quien él aceptó de buena gana, y se fuera luego con ellos, si no fuera por pedir licencia a su padre, que en los casamientos graves y en todos es justo que se ajuste la voluntad de los hijos con la de los padres. Asistió a la cura de la herida de su cuñado en la esperanza, dejándole sano, se fue a ver a su padre y a prevenir fiestas para la entrada de su esposa. Feliz Flora determinó casarse con Antonio el bárbaro por no atreverse a vivir entre parientes que había muerto Antonio: Croriano y Ruperta, acabada su romería, se volvieron a Francia, llevando bien que contar del suceso de la fingida Auristela: Bartolomé el manchego y la castellana Luisa se fueron a Nápoles, donde se dice, acabaron mal, porque no vivieron bien. Persiles depositó su hermano en San Pablo, recogió todos sus criados, volvió a visitar los templos de Roma, acarició a Constanza a quien Sigismunda dio la cruz de diamantes y la acompañó hasta dejarla casada con el conde su cuñado; y habiendo besado los pies al Pontífice sosegó su espíritu y cumplió su voto y vivió en compañía de su esposo Persiles hasta que biznietos le alargaron los días, pues los vio en su larga y feliz posteridad.

Colofón

Me cabría escribir como Chesterton sobre la novela policial inconclusa de Charles Dickens, por su inesperado fallecimiento: «El crimen de Edwin Rowin» que Cervantes nos brindó, en medio

de sus últimas tribulaciones humanas, un enigma dificultoso, parcialmente revelado. No por ello merece el ostracismo desdeñoso del olvido la bella e intrigante historia que hemos resumido con enorme goce intelectual.

Concluida en la ciudad de Buenos Aires, Atenas del Plata, Capital natural y esencia de la argentinidad a los 30 días del mes de julio de 2015 todavía bajo el castigo que merecidamente nos impuso la Divina Providencia de populismos demagogia e inflación, por nuestra soberbia y descontrol, en tanto que hoy, hartos de una burda decadencia y atraso de setenta años pedimos humildemente su perdón y la indulgencia de la liberación.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 31 de julio de 2015,
Festividad de San Ignacio de Loyola, A. M. D. G.

Eduardo Ricardo Perez Calvo.

